

**De la finitud de la guerra a la guerra infinita:
La Guerra como principio y fundamento de las relaciones de poder.
A propósito de la lectura que Foucault hace de Hobbes**

Alexander Muriel Restrepo

**Trabajo de grado
Maestría en Filosofía**

**Profesor
Rodrigo Romero**

**Universidad del Valle
Facultad de Humanidades
Santiago de Cali
2011**

CONTENIDO

PRIMERA PARTE

APROXIMACIÓN A LA LECTURA QUE FOUCAULT HACE DE HOBBS

1	Un momento fundamental.....	4
2	Los aspectos esenciales del análisis	16

SEGUNDA PARTE

LA TRANSFORMACIÓN EN LA HISTORIA DEL PODER

3	La nueva historiografía del poder.....	23
4	La toma de partido o la nueva forma de entender y escribir la historia.....	32
5	El enfoque filosófico jurídico o la finitud de la guerra.....	41
6	El enfoque histórico político o la guerra en la filigrana de la paz.....	53
7	Foucault sobre Hobbes a propósito de la guerra y el poder.....	61
8	Poder de soberanía y poder disciplinar.....	72

TERCERA PARTE

LAS INFERENCIAS

9	Lo que va de Hobbes a Foucault.....	80
10	Finitud de la guerra o guerra finita.....	87
11	Palabras a manera de conclusión.....	101
	Bibliografía.....	106

A mi esposa, Ofir, soporte y aliento en mi existencia.

A mi hijita, Laura Massiel, aliciente de mi ya trasegado sino.

A mi madre, a mis hermanos, soportes del lar familiar.

Al maestro -Rodrigo Romero / Delfín Gruesso- guía y faro en la construcción del saber.

A la memoria de mi padre...

Para con ellos, mi sentido agradecimiento.

PRIMERA PARTE

APROXIMACIÓN A LA LECTURA QUE FOUCAULT HACE DE HOBBS

1. Un momento fundamental

Me propongo en este trabajo abarcar un momento muy específico en la trayectoria intelectual de Foucault, a mediados de la década de los setenta, cuando establece un nuevo énfasis en el análisis del poder, esta vez centrado en la conexión que elabora entre las relaciones de poder y las manifestaciones de guerra. De acuerdo con Zarka¹, es un momento fundamental, puesto que significará la transformación de la historia del poder político, a través de una concepción diferente del poder. Según este autor, la historiografía de Foucault está ligada a la constitución de un concepto no jurídico del poder que permite, simultáneamente, romper con la historia del poder, en el sentido de la historia que el poder narra sobre sí mismo.

En efecto, Foucault analiza las relaciones de poder asociadas al fenómeno de la guerra, a partir del distanciamiento que toma de lo que denomina como enfoque filosófico jurídico; en realidad Foucault se apresta a argumentar la forma como va a apartarse de esa tradición del pensamiento político que, entre otras situaciones, contempla el acuerdo suscrito por los individuos para llegar así a la constitución del poder soberano. En su procedimiento, Foucault entiende que tomar distancia de esta tradición filosófica jurídica significa preponderantemente, abandonar la teoría de la soberanía y, consecuentemente, a Hobbes como su principal exponente.

En contraposición Foucault retoma otro tipo de enfoque que se erige contradictorio de la tradición filosófico-jurídica y que denomina histórico político. A la luz de este último las relaciones de poder no son otra cosa que manifestaciones de guerra, aún en los casos en que se habla de la historia de la paz en el interior de las sociedades. Por tanto, el

¹ZARKA, Yves Charles, Figuras del poder. Estudios de filosofía política de Maquiavelo a Foucault. Biblioteca Nueva, Madrid, 2004.

El pensador francés al abandonar la concepción filosófica jurídica del poder y su teoría de la soberanía, argumenta que de una parte en esta concepción la guerra ha sido conjurada como paso necesario para fundar el poder soberano; de otra parte sostiene que dicha concepción aparece en los últimos tiempos en su carácter de insuficiencia, como poder englobante, para explicar nuevas situaciones en las relaciones de poder y, en cambio, manifiesta la creciente preponderancia de otro tipo de poder, más eficazmente englobante: el poder disciplinar, que en los dos o tres últimos siglos se ha venido configurando en una nueva tecnología del poder, denominada por el pensador francés biopoder.

Momento novedoso entonces, si nos atenemos a que Foucault, apoyado en su procedimiento genealógico de herencia nietzscheana, se abre un camino diferente al de la tradición filosófica-jurídica, cuyo concepto clave es la soberanía; por esta vía propone, como realidad alterna del poder soberano, la emergencia –diríase mejor la invención– de ese nuevo poder, el poder disciplinario, cuya aparición dice ubicarse entre los siglos XVII y XVIII.

Concretamente, en la exploración de esta materia, es decir, del momento específico en el que Foucault establece un nuevo enfoque del poder, la cuestión es determinar los elementos constitutivos que deben analizarse para concluir que efectivamente es un momento fundamental, no sólo porque dicho enfoque ha dado en significarse como una transformación en la forma de apreciar el poder sino porque, consecuentemente, deriva en una transformación de la historia del poder.

Para una mayor claridad sobre los elementos constitutivos a tener en cuenta en el análisis de este momento específico que se anuncia en su carácter de transformación, me remitiré a los siguientes puntos:

En primer lugar, se trata del análisis de lo que podemos enunciar como un distanciamiento: el que hemos mencionado en términos de que Foucault abandona el enfoque filosófico-jurídico, merced a lo que ve como ineludible ejercicio de conjura de la guerra que los teóricos de esta tradición han debido realizar en defensa de la soberanía y por el carácter de insuficiencia en que después dice derivar este poder soberano; es

decir, insuficiencia como poder englobante al operar en el seno de las sociedades modernas.

Hemos dicho también que de ahí se encamina a otro tipo de enfoque desde el cual se esmera en explicar más apropiadamente las relaciones de poder, en consonancia con su procedimiento genealógico. En este sentido, veremos qué aspectos saca a flote Foucault del mencionado enfoque filosófico-jurídico en torno al poder y por qué, en el rigor de su procedimiento genealógico, tras el análisis de esos aspectos, asume la defensa de un enfoque histórico político sobre la guerra y el poder.

Esto quiere decir que Foucault encuentra soporte en esta vertiente que, en su indagar, rastrea desde el siglo XVII, para desarrollar sus apreciaciones sobre las relaciones de poder y las manifestaciones de guerra; en el seno de dicha vertiente histórico político, se agrupa una serie de autores que observa en la historia evidencias para sostener que contrariamente a lo que defiende la tradición jurídica del poder político, cuyo autor más sobresaliente -según Foucault- es Hobbes, la guerra no cesa con el poder político, puesto que en todo sentido, el poder soberano descansa sobre la conquista, sobre la dominación.

Al respecto debe anticiparse, que este enfoque histórico-político es “un discurso sobre la guerra entendida como relación social permanente, como fondo imborrable de todas las relaciones de poder”.² Surge, según el autor francés, tras el final de las guerras civiles y religiosas del siglo XVI; más concretamente, de manera claramente formulada, al comienzo de las grandes luchas políticas inglesas del siglo XVII y en Francia al término del reinado de Luis XIV.

De otra parte, cuando Foucault se remite al enfoque filosófico-jurídico tiene como referencia significativa ese horizonte de la constitución y el devenir del poder soberano, que a su vez tiene por situación fundamental la imposibilidad de fundar sobre la guerra, sobre la relación de fuerza, la institucionalidad política. Debe decirse que para esta tradición filosófica-jurídica, en la cimentación del dominio político, se efectúa un acto jurídico tras la iniciativa prudencial del acuerdo al que todos los individuos llegan,

² Ibid. Pág. 54.

zanjando de esta forma el peligro de guerra de todos contra todos y arrojando como resultado la fundación del poder soberano. Pues bien, Foucault entenderá que lo que realmente opera en el fondo de toda esta estructura jurídica del poder soberano es el estado de guerra, manifestado en sus diversas formas.

En este sentido, aunque no asegura un cierto declive o, con más rigor, la desaparición del poder soberano, sí considera que dejará de ser central en la dinámica de las relaciones del poder en un determinado momento en el cual se verá, en cambio, la eficacia del poder disciplinario manifestado en ese juego que pone en marcha los diversos mecanismos de la dominación. En su ejercicio, el poder disciplinario, deriva en la constitución del mencionado biopoder, asociado éste a un nuevo arte de gobernar – gubernamentalidad- como características de las sociedades modernas.

Pero a pesar de la eficacia demostrada por el poder disciplinario, Foucault sostiene que la teoría de la soberanía siguió operando como ideología y como principio de organización de los grandes códigos jurídicos, lo que es explicable por dos razones:

I- "...la teoría de la soberanía fue en el siglo XVIII y aún en el XIX, un instrumento crítico permanente contra la monarquía y todos los obstáculos que podían oponerse al desarrollo de la sociedad disciplinaria".

II- "...esta teoría y la organización de un código jurídico centrado en ella permitieron superponer a los mecanismos de la disciplina un sistema de derecho que enmascaraba sus procedimientos, que borraba lo que podía haber de dominación y técnicas de dominación en la disciplina y, por último, que garantizaba a cada uno el ejercicio, a través de la soberanía del Estado, de sus propios derechos soberanos".³

La teoría de la soberanía siguió siendo necesaria en la operatividad del aparato jurídico desde el momento en que las sujeciones disciplinarias debían ejercerse como mecanismos de dominación y al mismo tiempo debían ser ocultadas como ejercicio efectivo del poder.

³FOUCAULT, M.; *Defender la sociedad*. FCE, México. 2000. Pág. 44.

De esta forma, un punto clave es aquel en que Foucault establece que el ejercicio del poder se verifica entre la mecánica del poder de la disciplina y el poder de la soberanía, entendiéndose que ambas mecánicas son tan heterogéneas que no pueden ser reducidas la una a la otra. El poder disciplinar, ejercido en torno a la acción de las disciplinas, crea aparatos de saber y conocimientos y, a su vez, es portador de un discurso que no puede ser el de la soberanía. En otras palabras, el poder disciplinar es un discurso no de la regla jurídica, sino de la norma. En su carácter abarcador definirá un código que no es el de la ley, sino el de la normalización y, por tanto, se remitirá a un ámbito teórico que no es precisamente el dominio del derecho, sino el de las ciencias humanas; su dominio será específicamente la producción y puesta en funcionamiento de un saber clínico⁴.

De hecho, para Foucault, soberanía, disciplina, legislación, derecho de la soberanía y mecánicas disciplinarias son elementos constitutivos de los mecanismos generales del poder en nuestra sociedad. Sin embargo, al luchar contra el poder disciplinario, en la búsqueda de un poder no disciplinario, no se trata de apelar al viejo derecho de la soberanía. Sería menester encaminarse hacia un nuevo derecho, antidisciplinario, pero al mismo tiempo liberado del principio de la soberanía.

La diferencia sustancial establecida por Foucault entre estos dos enfoques, es decir, las características que atribuye a cada uno de ellos, y a partir de lo cual toma posición, puede verse en los siguientes puntos:

I- El esquema filosófico-político se constituye con base en la relación poder - contrato: esquema que se origina en el viejo sistema de los *philosophes* y que se articula en torno del poder como derecho originario, que se cede y cuyo acto fundacional constituye la soberanía; asimismo, se articula en torno al contrato como matriz del poder político. Cuando el poder trasciende los límites del contrato se transforma en opresión. Como lo veremos más adelante, en este esquema Foucault inscribe el pensamiento político de Hobbes, en tanto que pensamiento contractualista que comporta la oposición legítimo - ilegítimo.

⁴Ibíd. Pág. 45

II- El esquema histórico político se constituye con base en la relación guerra - represión: la represión es la simple continuación de una relación de dominación. En otras palabras, la represión es la puesta en funcionamiento, dentro de una "pseudo-paz", de una relación de fuerza perpetua. En estos términos se esquematiza, pues, el pensamiento histórico-político en tanto que comporta la oposición lucha - sumisión.

Según lo anterior, al remitirnos al análisis de Foucault en este punto de contrastación de las dos vertientes, puede entonces darse paso a la siguiente síntesis: en el enfoque filosófico-jurídico aparece esencialmente la figura del poder asociado al derecho; asociación que permite entender la cesión de dicho poder, por parte de los individuos (súbditos), mediante un acuerdo consensuado y cuya finalidad es la constitución del poder soberano, materializado, en última instancia, en el Estado; sin embargo, en el fondo de este discurso ha operado, según Foucault, una conjura de la guerra y, en este sentido, el enfoque histórico-político actúa como una especie de teoría desveladora de lo que realmente subyace en aquel otro enfoque: con una fachada de legitimidad del poder, lo que en el fondo aparece soterrado es la dominación.

Veremos entonces, por qué para Foucault la paternidad de este discurso histórico político no puede recaer sobre Hobbes, puesto que no reposa en la soberanía absoluta, sino que en el fondo decapita al rey; es un discurso que en todo caso prescinde del soberano y lo denuncia.⁵

De esta manera, el enfoque de Foucault –de suyo genealógico– asume el rigor histórico-político para postular que allí donde esa llamada tradición filosófico-jurídica intenta ver y hacer ver la evolución jurídica del poder, es decir, la legitimidad del poder soberano y la obligatoriedad de la obediencia de los súbditos a dicho poder, en realidad lo que subyace en el fondo de dicha legitimidad es la historia de las luchas, los sometimientos, la represión, la conquista, etc. Diríase entonces, que evolución jurídica del poder no es otra cosa que el nombre dado a la historia de la conquista.

Para Foucault lo que en realidad ha operado en el fondo del enfoque filosófico-jurídico con la conjura de la guerra, es un intento por alejarla del seno de la sociedad civil y

⁵Ibíd. Pág. 63.

desplazarla hacia las márgenes del Estado, en cuyo caso el peligro de guerra bien pudiera significar amenaza de guerra interestatal, mas no amenaza para el poder soberano como atributo del Estado.

En segundo lugar y en conexión con lo anterior, analizaré por qué para Foucault la figura clave en esta especie de contraposición de enfoques es el propósito del poder asociado a la guerra de Hobbes. El pensador francés asegura que en la irrupción del análisis de la guerra asociada a las relaciones de poder fue el autor del Leviatán “quien situó la relación de guerra en el fundamento y en el principio de las relaciones de poder.”⁶

De otro lado, en otro aparte, dice lo siguiente:

Comenzaré por hacer a un lado, justamente, a quienes pasan por los teóricos de la guerra en la sociedad civil y que, a mi juicio, no lo son en absoluto, es decir, Maquiavelo y Hobbes.⁷

No obstante entenderse que Foucault va a prescindir de Maquiavelo, en la misma forma que lo hará de Hobbes, en este trabajo no se hace ninguna referencia al autor de El Príncipe, puesto que la relación entre poder y guerra analizada aquí se basa en la contrastación que Foucault realiza, en ese momento fundamental abordado, entre poder soberano y poder disciplinar, para lo cual su punto de partida pertinente es Hobbes.

Pareciera entonces que al abordar Foucault a Hobbes, tropezásemos con una contradicción cuando por una parte afirmara que Hobbes situó la relación de guerra en el fundamento y en el principio de las relaciones de poder y, por otra, considerara que no es en absoluto el autor inglés un teórico de la guerra.

El propio Foucault se refiere al pensador inglés y lo que específicamente éste establece en el Leviatán en torno al poder en los siguientes términos:

⁶ Ibíd. Pág. 87

⁷ Ibíd. Pág. 31

“En suma, hay que deshacerse del modelo del Leviatán, de ese modelo de un hombre artificial, a la vez autómatas, fabricado y unitario, que presuntamente engloba a todos los individuos reales y cuyo cuerpo serían los ciudadanos pero cuya alma sería la soberanía. Hay que estudiar el poder al margen del modelo del Leviatán, al margen del campo delimitado por la soberanía jurídica y la institución del Estado; se trata de analizarlo a partir de las técnicas y tácticas de la dominación.”⁸

Según puede deducirse de estas líneas, Foucault alude al poder soberano para poner en duda su capacidad de englobar a todos los individuos en tanto sujetos atravesados por relaciones de poder y, de ahí, la necesidad de optar por otro procedimiento que pueda abarcar suficientemente dichas relaciones que en las sociedades modernas empiezan a manifestarse desde situaciones que escapan al poder englobante de ese hombre artificial que representa el Estado.

En la justificación de este distanciamiento, es decir, de la forma como Foucault va a prescindir de Hobbes, debemos tener en cuenta tres significaciones: por una parte, Foucault se aplica en aclarar por qué Hobbes no es precisamente un teórico de la guerra; en segundo lugar, Foucault considera que al disponer Hobbes todo un frente del Leviatán para conjurar la guerra, lo hace en función de un discurso jurídico que, enfilándolo contra la amenaza del historicismo político, es decir, de la tradición histórico-política estructura en defensa del poder soberano. En tercer lugar, se esfuerza en hacer ver que precisamente eso que el autor inglés estructura en defensa del poder soberano como poder englobante, ya en las sociedades modernas tiene cierta característica de insuficiencia para abarcar relaciones de poder, específicamente, desde el punto de vista de la microfísica del poder que circula en la relación sujeto-sujeto.

Y si quiso eliminar la guerra con tanta vehemencia, es porque quería, de una manera precisa y puntual, eliminar el terrible problema de la conquista inglesa, categoría histórica dolorosa, categoría judicial difícil.⁹

⁸Ibíd. Pág. 42.

⁹Ibíd. Pág. 108.

En una especie de forma subyacente, al decir defensa del poder soberano no se sostendría otra cosa que el esfuerzo teórico hecho por Hobbes para eliminar ese problema de la conquista, alrededor del cual se habían dispersado en definitiva todos los discursos y todos los programas políticos de la mitad del siglo XVII.

Eso era lo que había que eliminar; y en términos más generales y a más largo plazo, había que suprimir lo que yo llamaría *historicismo político* (...).¹⁰

El discurso histórico político, pues, se encamina a establecer que “desde el momento en que estamos frente a relaciones de poder, no estamos en el derecho ni en la soberanía; estamos en la dominación, en esa relación históricamente indefinida, indefinidamente densa y múltiple de la dominación. No se sale de la dominación; por tanto, no se sale de la historia.”¹¹

Al apoyarse Foucault en esta noción de historicismo político, enfatiza entonces que el análisis del poder, en tanto relación de dominación, no se sale de la historia; en la otra orilla, Hobbes recurre a un ejercicio hipotético para describir el acto por el cual, lejos de ser relación de poder en tanto dominación, es un acuerdo consensual en que los súbditos ceden el poder individual al poder englobante del soberano, asamblea de hombres o Estado.

En el siguiente pasaje del *Leviatán*, se da a entender ese carácter hipotético del sometimiento de la voluntad de los súbditos a una sola voluntad:

Esto es algo más que consentimiento o concordia; es una verdadera unidad de todos en una y la misma persona, unidad a la que se llega mediante un acuerdo de cada hombre con cada hombre, como si cada uno estuviera diciendo al otro: *Autorizo y concedo el derecho de gobernarme a mí mismo, dando esa autoridad a este hombre o a esta asamblea de*

¹⁰Ibíd. Pág. 108.

¹¹Ibíd. Pág. 108.

*hombres, con la condición de que tú también le concedas tu propio derecho de igual manera, y les des esa autoridad en todas sus acciones.*¹²

El intento de Hobbes por conjurar la guerra, partiendo de una situación hipotética, se constituye en el sustento de esa determinación con que en el Leviatán enfrenta esa suerte de discurso histórico-político, entendiendo que este discurso saca a flote el carácter bélico como rasgo permanente de las relaciones sociales, como trama y secreto de las instituciones y los sistemas de poder. Este discurso es, según Foucault, el gran adversario de Hobbes y contra él dispuso todo un frente del Leviatán, debido a que sería concebido por el pensador inglés como adversario de todo discurso filosófico-jurídico que fundara la soberanía del Estado.

Parece que en última instancia, pues, Foucault quiere hacer ver que Hobbes con la representación hipotética del poder soberano del Estado derivado de un pacto en el que los individuos asienten voluntariamente obedecerlo, escamotea la realidad de las relaciones sociales como relaciones de dominación y por lo tanto de guerra, que en su tiempo era la guerra civil inglesa; pero más allá de esta guerra, incluso cuando la paz dice consagrarse y preservarse por la acción pacifista de ese poder soberano, las diversas manifestaciones de guerra que continúan según Foucault en el seno de la sociedad civil también han sido escamoteadas. El soberano artificial enmascara la verdad que es la guerra que se sigue dando, pues sigue dándose la dominación y la velación de la guerra de conquista que en realidad ha dado origen al poder soberano.

Por consiguiente, la necesidad lógica e histórica de la rebelión se inscribe dentro de todo un análisis histórico que saca a la luz la guerra como rasgo permanente de las relaciones sociales, como trama y secreto de las instituciones y los sistemas de poder. Y yo creo que ése era el gran adversario de Hobbes.¹³

¹²HOBBS, Thomas; LEVIATÁN, Alianza Editorial, Madrid; 1989. Págs. 144-145.

¹³FOUCAULT, M.; *Defender la sociedad*. FCE, México. 2000. Pág. 108.

En este sentido, para Foucault “la operación de Hobbes consistió en conjugar todas las posibilidades, aún las más extremas, del discurso filosófico jurídico, para silenciar el discurso del historicismo político.”¹⁴

Lo crucial en este punto, pues, será ver cómo entiende Foucault esta relación entre poder y guerra establecida por Hobbes y por qué a partir de allí habla de dejarlo a un lado, en la constitución de su propio enfoque, no obstante entender que pasa por ser uno de los teóricos de la guerra en la sociedad civil –al lado de Maquiavelo-; veremos, en este sentido, que precisamente este apartarse de Hobbes obedece al hecho de que a juicio de Foucault, aquél no es en absoluto un teórico de la guerra, por lo que, seguidamente agrega su intención de hacer a la vez la historia y el elogio de ese discurso del historicismo político (enfoque histórico-político), que se propuso silenciar el autor inglés en el Leviatán.

En tercer lugar, y en consonancia con los puntos anteriores, analizaré en qué términos llega Foucault a un objetivo: la constitución de un enfoque diferente, resultado de esa anunciada adhesión a ese tipo de tradición, de estirpe histórico-política, que concibe el poder como guerra de razas y que, por tanto, está en la línea de la genealogía de herencia nietzscheana; esto porque “la genealogía consiste siempre en un regreso al conflicto de fuerzas, a la lucha implacable que se traduce finalmente en el dominio y la imposición de determinados valores.”¹⁵

Por esta vía, trataré de establecer qué es lo que Foucault indaga en el devenir del denominado enfoque histórico-político en torno al poder asociado a la guerra, como para establecerlo en punto de apoyo de su posición filosófica en esta materia; en conexión con este punto, se trata de establecer por qué se dice que dicho enfoque está en línea con la genealogía que Foucault hereda de Nietzsche. Puede entenderse, en otros términos, que lo anterior nos remite al momento en que sucede, para decirlo con palabras de Zarka, el tránsito del concepto no jurídico del poder al de biopoder.

¹⁴Ibíd. Pág. 109.

¹⁵ZARKA, Yves Charles, Figuras del poder. Estudios de filosofía política de Maquiavelo a Foucault. Biblioteca Nueva, Madrid, 2004. Pág. 157.

Para finalizar, expresaré mis conclusiones en torno a estallamada transformación en la forma de apreciar el poder establecida por Foucault, al apartarse de la tradición filosófica jurídica y, concretamente, de Hobbes.

2. Los aspectos esenciales del análisis

Antes de entrar en los pormenores de ese momento fundamental en que Foucault llega a un nuevo énfasis en el análisis del poder, veamos algunos aspectos esenciales del desarrollo de este trabajo:

Primero: como quiera que se delimita un momento muy específico del análisis que Foucault hace del poder, promediando la década de los setenta del siglo XX, me remito a obras como la *Microfísica del Poder*¹⁶, *Vigilar y Castigar*¹⁷, *Nacimiento de la biopolítica*¹⁸ y el primer volumen de *La historia de La sexualidad*, titulado *La voluntad de saber*¹⁹; pero sobre todo, al curso dictado por el pensador francés en el Collège de France en 1976²⁰.

En este curso se advierte más claramente que el objetivo de Foucault es la constitución de un enfoque diferente del poder, a partir de un distanciamiento y una crítica del concepto de poder establecido por la tradición jurídico-filosófica.

No obstante, esta delimitación de obras a tratar, no excluye otras del autor francés en las cuales desarrolla su enfoque del poder, como *Los anormales*²¹, *La verdad y las formas jurídicas*²² y *Seguridad, territorio y población*²³, entre otras. Asimismo, es importante el aporte de algunos autores que se remiten a la interacción entre Foucault y Hobbes. No haré referencia preliminar a ellos, puesto que en el desarrollo del trabajo se evidenciará cuándo y en qué circunstancias serán citados. En cuanto al pensador inglés, me remito

¹⁶FOUCAULT, M. *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1992.

¹⁷FOUCAULT, M. *Vigilar y Castigar*, F. C. E. México, 2005.

¹⁸FOUCAULT, M.; *Nacimiento de la biopolítica*. F.C.E., Argentina, 2008.

¹⁹FOUCAULT, M. *Historia de la sexualidad. Tomo I: La voluntad de saber*. Siglo XXI editores, España, 1998.

²⁰FOUCAULT, M.; *Defender la sociedad*. FCE, México. 2000.

²¹FOUCAULT, M.; *Los anormales*. F.C.E., México, 2007.

²²FOUCAULT, M.; *La verdad y las formas jurídicas*. Gedisa, Barcelona, 1992.

²³FOUCAULT, M.; *Seguridad, territorio y población*. F.C.E., México, 2006.

en forma exclusiva a su obra fundamental: El Leviatán²⁴. Esto no excluye otras obras como el Behemonth.²⁵, donde expone sus consideraciones sobre la guerra civil inglesa.

Segundo: realizar una investigación sobre Foucault supone un ejercicio en el que afanarse por la dilucidación filosófica de conceptos, categorías o nociones que implique adentrarse en su sustancialidad no deba ser lo relevante porque, precisamente, esa no es la orientación esencial que él da a su proyecto intelectual. Esto quiere decir que Foucault, en torno a fenómenos como el poder y la guerra, da por sentada una cierta claridad sobre la realidad de estos conceptos y lo que dan a entender en sí; en este sentido, se interesa más por explorar las situaciones que se manifiestan en torno a las relaciones de poder y a las diversas manifestaciones, que por delimitar esencialidades que de forma inherente pudieran extraerse de dichos conceptos.

No se trata para él entonces de situaciones del tipo qué es el poder y la guerra o cuáles son los rasgos sustanciales del poder y la guerra como fenómenos humanos, sino qué situaciones aparecen en el fondo de las relaciones de poder asociadas a la guerra y en qué condiciones esto, de una u otra manera, determina la fabricación de sujetos.

Como el mismo Foucault lo expresara en su Curso de 1976, en el periodo que va de 1970 a 1976, su proyecto era establecer un giro en la dirección del análisis del discurso del derecho, entendido como instrumento de la dominación. Entendido también como instancia que transmite y hace funcionar relaciones que no son de soberanía sino de dominación; asimismo, entendido como instancia que abarca las instituciones, reglamentos y aparatos que lo aplican. Para tal propósito de análisis tomó precauciones de orden metodológico que aclaran mejor el sentido de este segundo punto:

- I- **Tomar el poder en el extremo menos jurídico de su ejercicio:** esto quiere decir que no analiza las formas reguladas y legítimas del poder a partir de su aspecto central, es decir a partir de sus mecanismos generales y en sus efectos constantes. Lo capta, en cambio, en sus terminaciones, allí donde se hace

²⁴HOBBS, Thomas; LEVIATÁN, Alianza Editorial, Madrid; 1989.

²⁵HOBBS, t. *Behemonth. El largo parlamento*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1992. Págs. 103-112.

capilar; en el punto en querebasando las reglas propias del derecho, las que lo organizan y lo delimitan, se inviste en instituciones tomando cuerpo en técnicas y dándose instrumentos de acción material que no excluyen la violencia.

II- Captar la instancia material de la sujeción en cuanto constitución de los sujetos:

con lo que quiere dar a entender que se debe analizar el poder allí donde su intencionalidad se dirige a intervenir prácticas reales y efectivas, lo que supone tratarlo en su cara externa, en tanto que relación directa con su objeto, su campo de aplicación; en otras palabras, analizarlo allí donde se implanta y produce sus efectos más concretos. No se trata, por tanto, de analizarlo en el nivel de la intención o de la decisión, es decir, no se encamina a tratar de tomarlo desde adentro. En sentido diferente, para Foucault se trata de preguntarse cómo funcionan las cosas en el nivel de aquellos procesos continuos e ininterrumpidos que sujetan los cuerpos, dirigen los gestos, rigen los comportamientos. Indagar cómo se han constituido los sujetos realmente, materialmente, a partir de la multiplicidad de los cuerpos, de las energías, de los deseos, de los pensamientos. Se trata entonces de estudiar los cuerpos periféricos y múltiples que los efectos de poder constituyen como sujetos, más que el alma central del poder.

III- El poder pasa a través del individuo que ha constituido:

En este punto Foucault quiere dar a entender que el poder funciona y se ejerce a través de una organización reticular. Esto implica que no es tanto verlo susceptible de una división que coloca a un lado a los que lo poseen de forma exclusiva y, de otra parte, los que lo padecen. Por el contrario, al ubicar el poder en el plano de mallas reticulares, los individuos no sólo son retículos a través de los cuales circula, sino que están en una posición de sufrirlo y ejercerlo. De este modo, no son sólo el blanco inerte del poder o sus cómplices, sino que son sus elementos mediante los cuales se constituye una trama de composición y recomposición, que hace ver que el poder no sólo se aplica a los individuos, sino que transita a través de ellos. El individuo es un efecto del poder y justamente en la medida en que es un efecto suyo, es el elemento de composición del poder.

- IV- **Análisis ascendente del poder:** Foucault argumenta que la organización reticular del poder no implica una distribución democrática o anárquica del poder. Sin embargo, no por eso deben hacerse análisis "deductivos" del poder que partan del centro del mismo hasta sus elementos moleculares. Debe partirse más bien de los mecanismos infinitesimales (que tienen su historia, su trayecto, su técnica y su táctica) para ver después cómo estos mecanismos de poder han sido colonizados, transformados, extendidos por mecanismos cada vez más generales y por formas de dominación global.
- V- **Aparatos de saber en los mecanismos sutiles del poder:** En este punto el pensador francés afirma que las grandes maquinarias de poder pueden ser acompañadas por producciones ideológicas. No obstante, lo que se forma en la base no son precisamente ideologías; pueden ser mucho menos, pero puede ser mucho más: "Son instrumentos efectivos de formación y acumulación del saber, métodos de observación, técnicas de registro, procedimientos de investigación y búsqueda, aparatos de verificación".²⁶ El poder cuando se ejerce a través de mecanismos sutiles, no puede hacerlo sin formar, organizar y poner en circulación aparatos de saber, que no son exactamente edificios ideológicos.

Tercero: desprendido del punto anterior, se entiende que Hobbes y Foucault se inscriben en dos vertientes y dos épocas distintas de la tradición del pensamiento filosófico (al menos en el pensamiento político) y que, por tanto, es complejo perfilar el tipo de parangones, relaciones o disimilitudes que pueda establecerse entre ellos, sin caer en anacronismos, juicios ahistóricos o tergiversaciones; reiteramos, por tanto, que este trabajo obedece más bien a una exposición de la crítica que hace Foucault al modelo contractual hobbesiano y del modo como a partir de allí propone por contraste el suyo.

En cuanto a las disimilitudes que podemos ver en los dos autores, sabemos, por ejemplo, que Hobbes al abordar conceptos como los de poder intenta descifrar de qué está compuesto, cuál es su origen, cómo debe ejercerse o cómo deben ser tratados los efectos que produce. Asimismo, su inquietud por el Estado es la de profundizar en su

²⁶FOUCAULT, M.; *Defender la sociedad*. FCE, México. 2000. Pág. 41.

esencialidad o materia de que está compuesto, conducente a su operatividad como un corpus mecánico armónico, etc.

Concretamente, en lo que se refiere al poder, Hobbes lo aborda fundamentalmente en términos de ejercicio potencial o efectivo: "*tener* la capacidad o la potencia para hacer algo, *ejercer* el poder para realizarlo"²⁷. Al adentrarse en su esencialidad pretende resolver el problema de su justificación o de su *legitimidad*. En efecto, el poder se explica por la esencia pasional que reposa en cada ser humano, como veremos más adelante, y esto a su vez explica la inseguridad que prima en el estado natural fruto del estado permanente de guerra en que los seres humanos habrían vivido; éstos renuncian a sus libertades, en forma que puede decirse es incondicional, a favor del soberano o de una asamblea de hombres o, en última instancia, del Estado, convertido de esta forma en un "dios mortal" que se erige, a su vez, en garante de la paz y la protección para todos aquellos que suscribieron el pacto. Así, la institución originaria de ese pacto asegura la *legitimidad* del *poder* soberano y la obligatoriedad de la obediencia.

A diferencia del pensamiento medieval que funda el *poder* en fuentes divinas, Hobbes busca un asidero terreno ubicándolo en la necesidad y en la fuerza de ese pacto social. La novedad instaurada por Hobbes se refuerza con el hecho de que el análisis del *poder* adquiere una peculiar connotación contractual y jurídica, lo que colmará el debate filosófico moderno.

Por su parte, Foucault, como ya lo he dado a entender no se adentra en la esencialidad de nociones que se le ponen a la orden del día para su análisis, como las de poder, saber, verdad o sujeto, entre otras; escuetamente al remitirse, por ejemplo, al poder está interesado en los efectos que produce y las formas como funciona sin adentrarse significativamente en sustancialidades.

No sólo a diferencia de Hobbes y del mismo Weber, en quienes el *poder* aparece como algo emanado de quien lo ejerce, sino también de Locke y de Arendt para quienes el

²⁷ ARON, Raymond: "*Macht, Power, Puissance*", en: *Etudes Sociologiques*, Presses Universitaires de France, París, 1988, p. 48.

problema central del *poder* es el tema de su *legitimidad*, Foucault intenta, según lo subraya Hindens, establecer una "alternativa radical"²⁸ en su visión del *poder*, en el sentido de que habría que preguntarse, más que por su esencialidad, por cómo se ejerce, mediante qué tecnologías y mediante qué procedimientos y qué consecuencias y efectos se derivan de este ejercicio.

En resumen, Foucault al guiar su investigación sobre el poder hacia el edificio jurídico de la soberanía, hacia el lado de los aparatos de Estado y las ideologías que lo acompañan, tiene en perspectiva adentrarse en lo que realmente subyace en el fondo de ese edificio y esos aparatos, que no es otra cosa para él que la dominación; en ese ámbito subyacente se mueven, pues, los operadores materiales, las formas de sometimiento, las conexiones y utilizaciones de los sistemas locales de ese sometimiento, la regulación de la población, en fin, los dispositivos de saber.

En este sentido, la pesquisa no va más allá de exponer las situaciones problemáticas que se desprenden del análisis que Foucault hace de Hobbes, en el ámbito estricto de las relaciones de poder asociadas a diversas manifestaciones de la guerra.

Veremos ahora los elementos por los cuales podemos afirmar que existe un momento fundamental en que Foucault establece un nuevo énfasis en el análisis del poder, es decir, el momento que ha significado la transformación de la historia del poder político, a través de una concepción diferente del poder. En otras palabras, es menester contextualizar que la historiografía de Foucault está ligada a la constitución de un concepto no jurídico del poder que permite, simultáneamente, romper con la historia del poder, en el sentido de la historia que el poder narra sobre sí mismo.

Lo anterior supone, en primer lugar, ver en Foucault una especie de militancia o tomar partido en esa concepción de la historia que le lleva a realizar un indagar crítico en la historiografía política y a sentar su propia posición en la concepción del poder. En este sentido, atribuye al enfoque filosófico jurídico cierta determinación de tradición teórico que

²⁸HINDESS, Barry. (1996). *Discourses of Power: from Hobbes to Foucault*. Oxford: Blackwell, p. 142.

consecuentemente ha desestimado la guerra, la conquista subyacente en la base del poder soberano. De ahí que, en segundo lugar, tengamos que detenernos en el análisis de lo que establece Foucault en torno a este enfoque jurídico del poder, para colegir después por qué la teoría de la soberanía es insuficiente en el contexto de las nuevas relaciones de poder que, históricamente, son mejor explicadas por esa concepción del poder como dominación, lo que es claramente visible en el orden de lo disciplinario, del poder disciplinario, que ha dado origen a nuevas técnicas de dominio sobre los cuerpos, a saber, el biopoder y la gubernamentalidad. La crítica del enfoque filosófico jurídico, Foucault la hace extensiva a Hobbes, uno de sus máximos representantes, cuyo análisis es clave para ver el papel de la guerra en las relaciones de poder.

SEGUNDA PARTE

LA TRANSFORMACIÓN EN LA HISTORIA DEL PODER

3. La nueva historiografía del poder

Reiteremos que promediando la década de los setenta, Foucault aborda, en sus cursos en el Collège de France, las relaciones de poder esta vez asociadas a la cuestión de la guerra. En esta conectividad del poder y la guerra explora lo que ha desarrollado la tradición filosófico-jurídica en torno a dicha conectividad y, en oposición a este enfoque, va a retomar lo que caracteriza como pensamiento histórico-político, el cual aparece, en autores ingleses y franceses del siglo XVII y XVIII -por ejemplo, Edward Coke, Lilburne, Boulainvilliers y Sieyès, entre otros-.

En un momento muy concreto de su curso, pues, se refiere a la tradición filosófica jurídica, en la cual se inscribe el contractualismo clásico -y en éste Hobbes-. Allí, como finalidad específica, hace un análisis del papel que desempeña la guerra en dicha tradición, en el contexto de las relaciones de poder conducentes a la constitución de la soberanía. Observa, por tanto, que en esa tradición se da una especie de relación de exclusión, en el sentido de que allí donde se origina la soberanía del Estado, mediante la cesión del poder, es decir, mediante el pacto que garantiza los derechos en el seno de la sociedad civil, es menester haber superado ya el estado de guerra. Así, en la tradición filosófico-jurídica, guerra y soberanía difícilmente podrían convivir, puesto que una supone la negación de la otra.

Hemos dicho entonces que Foucault yuxtapone a este enfoque, en el que concretamente analizará a Hobbes, las ideas que el enfoque histórico-político elaboró en torno al problema de la guerra en el seno de las sociedades. En otras palabras, Foucault retomará la teoría histórico-política de la guerra como principio histórico de funcionamiento del poder, en torno del problema de la raza, porque, según él, en el carácter binario de las razas se percibió, por primera vez en Occidente, la posibilidad de analizar el poder político como guerra.²⁹

²⁹FOUCAULT, M.; *Defender la sociedad*. FCE, México. 2000. Pág. 31

Cuando Foucault se remite al ámbito de las razas se refiere, por una parte, a grupos que en el seno de la misma unidad estatal tienen diverso origen, diversa lengua y diversa religión. De otra parte, son grupos que cohabitan, pero no están mezclados debido a diferencias de gran índole; a privilegios y distribución de la fortuna; en suma, debido al ejercicio de poder. Por tanto, grupos que se constituyen en una unidad política, pero cuyo precio es el de la guerra en sus más diversas expresiones.

El pensador francés se atiene entonces al trasfondo histórico que reposa en este enfoque, y al tenor del cual no existe una finitud de la guerra como condición sine qua non que lleve a la fundación de la política, porque el devenir de lo político ya es, de suyo, manifestación de guerra y en los grandes zócalos de la historia encuentra razones para argumentarlo así; considera, por tanto, que la constitución de la soberanía no significa que la guerra se haya conjurado, puesto que en el seno de la sociedad la guerra continúa en sus múltiples formas, verificándose más bien una suerte de guerra infinita merced al carácter binario-antagónico cuando dicho carácter binario asume el aspecto de lucha de clases que le da el marxismo-, de las razas que han heredado los estados modernos.

A diferencia de lo anterior, en la tradición filosófico-jurídica y específicamente en la teoría contractualista, el pacto que ha dado origen a lo político, ha sido concebido como expresión de cesión del poder por parte de los individuos para dar origen a la soberanía del Estado y, por consiguiente, garantía de convivencia prudencial en el seno de la sociedad civil.

Foucault considera entonces que la constitución de la soberanía no significa que la guerra se haya conjurado, puesto que en el seno de la sociedad la guerra continúa en sus múltiples formas, verificándose más bien una suerte de guerra infinita merced al carácter binario, antagónico, de las razas que han heredado los estados modernos.

Pero además, por esta vía del discurso histórico-político del poder, también tratará de llevar el análisis hasta el momento en que lucha de razas y lucha de clases se convierten para él, a fines del siglo XIX, en los dos grandes esquemas según los cuales se intenta

identificar el fenómeno de la guerra y las relaciones de fuerza dentro de la sociedad política.

En el desarrollo de este análisis Foucault se aplica en argumentar que el pensamiento histórico-político se sitúa en tensión con la teoría de la soberanía que pretende hacerse surgir de un pacto y, a partir del cual, se pregona la superación de la guerra en el seno de la sociedad civil –o al menos su desplazamiento a las márgenes del Estado, ante lo cual ya no es factible hablar de guerra entre individuos sino de guerra entre unidades estatales-.

Para Foucault, el pensamiento histórico político continuará, pues, su desarrollo a lo largo del siglo XIX y en esta etapa decimonónica como lo hemos señalado con anterioridad, se verá en la situación binaria de lucha de razas y lucha de clases. Su influjo trascenderá al siglo XX, pero es menester detenerse a examinar esta situación del siglo XIX, puesto que algo que nos puede dar un claro acceso al concepto no jurídico del poder establecido por Foucault es un discurso político que resulta ser también contrario al mencionado enfoque histórico político y cuya exposición central se encuentra en el célebre aforismo de Clausewitz, a lo cual aludiremos más adelante.

La irrupción del análisis de la guerra asociada a las relaciones de poder empieza a darse, según Foucault, entre finales del siglo XVI y comienzos del siglo XVII, trayendo a colación el lugar que ocupa Hobbes en este tipo de emergencia de análisis. Al centrar su atención en el pensador inglés, se esfuerza por establecer que para éste el abordaje de la guerra está dado no tanto por clarificar el devenir de la misma como por establecer la justificación teórica de la legitimidad del poder soberano.

Si bien Foucault afirma que Hobbes fue “quien situó la relación de guerra en el fundamento y en el principio de las relaciones de poder”³⁰, en realidad lo que debe entenderse es que para el autor del *Leviatán* el estado de guerra en que se encuentran los hombres por el empeño que tienen de buscar poder tras poder, necesariamente debe encaminarse a un acto prudencial del orden del contrato y que, por tanto, su tratamiento de la guerra debe operar en función de conjurarla, de desterrarla, por ser amenaza al

³⁰FOUCAULT, M.; *Defender la sociedad*. FCE, México. 2000. Pág. 87

poder soberano. Es este el sentido que debemos darle a lo expresado por Foucault cuando estima que no es precisamente Hobbes un teórico de la guerra.

Nos empeñaremos, por tanto, en la aclaración de esta aparente contradicción en la que, a primera vista, parece incurrir Foucault, cuando afirma de una parte que Hobbes situó la relación de guerra en el fundamento y en el principio de las relaciones de poder y, de otra, se empeña en no considerarlo un teórico de la guerra. Esto es importante verlo en su conjunto, puesto que tradicionalmente se ha entendido que Hobbes es uno de los pensadores más reconocido como teórico de la guerra; pero en el marco de la nueva concepción historiográfica establecida por Foucault, es desplazado de este sitio, para ser ubicado como teórico de una especie de paz impositiva que se empeña en soslayar la guerra, específicamente la guerra de conquista que Foucault ve en la constitución histórica de las sociedades; guerra que no cesa pero que ha sido silenciada con la finalidad de legitimar el poder soberano.

Estrictamente para Hobbes la constitución de la soberanía del Estado representa un paso adelante para conjurar la guerra. No obstante, en relación con esto, recordemos que Foucault es ya de la opinión que en la obra del pensador inglés conjura de la guerra no es otra cosa que intencional omisión de la guerra como evento asociado a las relaciones de poder. Esto porque sería menester conjurar el hecho histórico que constataría que tras la instauración de toda soberanía, en realidad ha ocurrido una conquista en la que hubo vencidos y vencedores. El enfoque histórico-político se esfuerza precisamente en develar la conquista subyacente bajo lo que se consagra como poder soberano.

En el fondo, todo sucede como si Hobbes, lejos de ser el teórico de las relaciones entre la guerra y el poder político, hubiese querido eliminar la guerra como realidad histórica, como si hubiera querido eliminarla de la génesis de la soberanía.³¹

³¹FOUCAULT, M.; *Defender la sociedad*. FCE, México. 2000. Página 93.

En opinión de Zarka, Foucault en su enfoque del poder, caracterizado como concepción no jurídica, “permite de esta forma hacer revivir una realidad oculta bajo el discurso jurídico-político del poder”.³²

Asimismo, Foucault se encamina, tras la exploración del pensamiento contractualista, y en particular del pensamiento de Hobbes, a argumentar lo que podríamos llamar como la ineficacia de la teoría de la soberanía para explicar nuevas situaciones en las relaciones de poder; situaciones como las que se manifiestan en torno al poder disciplinario, considerado por el autor francés como una de las grandes invenciones en el advenimiento de la sociedad burguesa; para Foucault el poder disciplinar es invención que desde el siglo XVII en adelante recae, no sobre lo que producen los sujetos como cuerpos que son esencialmente, sino sobre su accionar, su rendimiento, su esfuerzo como cuerpos del deseo, de inclinaciones, de hábitos, de labores, etc.³³

Así pues, sin mayores ambages, Foucault nos da a entender que el discurso Hobbesiano se enfila a ocultar la guerra de conquista que aparece concomitantemente en la base de la constitución de la soberanía. Al ser conjurada o confinada a las márgenes de la sociedad civil, se ha hecho frente a lo que ella realmente significa: un constante riesgo – diríase mejor mentís- para la legitimidad del Estado y su soberanía. Entonces, si se me permite, voy a conectar con lo siguiente: Foucault analiza el poder en su doble condición de poder sobre la vida y poder sobre la muerte y a partir de esta significación, aparece la necesidad de establecer diferenciación entre poder soberano y poder disciplinar.

Especifiquemos más lo anterior: en Foucault la constitución del poder disciplinar está ligada a la invención del biopoder. En el último capítulo de la Voluntad de saber, titulado “Derecho de muerte y poder sobre la vida”, Foucault vuelve a citar a Hobbes, para

³²ZARKA, Yves Charles, *Figuras del poder. Estudios de filosofía política de Maquiavelo a Foucault*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2004. Pág. 166.

³³Si bien Foucault habla del poder disciplinar como invención en el seno de la sociedad burguesa, no quiere decir que específicamente sea una creación de la clase burguesa o de alguien en particular. Escuetamente el poder disciplinar significa técnicas que aparecen por procedimientos aplicados sobre los sujetos y sus cuerpos; técnicas acumulativas y susceptibles de ser utilizadas como repertorio en el ejercicio del poder.

resaltar la contradicción que en este último parece existir entre el fin y los medios de la soberanía.

Foucault en este punto plantea que si la finalidad de la soberanía es el mantenimiento de la vida, su instrumento fundamental es el derecho de ocasionar la muerte. De este modo, la soberanía se erige, esencialmente, como un poder de vida y muerte. Zarka dice que para Foucault la soberanía aparece como “un poder para mantener la vida en la misma medida en que puede tomarla. El soberano hace intervenir su derecho sobre la vida al hacer intervenir su poder para suprimirla.”³⁴

El derecho que se formula como "de vida y muerte" es en realidad el derecho de *hacer* morir o de *dejar* vivir. Después de todo, era simbolizado por la espada. Y quizá haya que referir esa forma jurídica a un tipo histórico de sociedad en donde el poder se ejercía esencialmente como instancia de deducción, mecanismo de sustracción, derecho de apropiarse de una parte de las riquezas, extorsión de productos, de bienes, de servicios, de trabajo y de sangre, impuesto a los súbditos.³⁵

De esta manera, la forma clásica del biopoder, que en esencia subyacía en el fondo del poder soberano, se hacía reposar en una teoría del derecho de *Presa* sobre las cosas y los cuerpos. Pero el biopoder, según Foucault, dejará de estar asociada a esa teoría del poder como derecho de presa y tomará una nueva forma, asociada esta vez, a la administración de la vida.

Si el poder era, según Foucault, ante todo derecho de captación: de las cosas, del tiempo, los cuerpos y finalmente la vida, ahora se trata de la puesta en práctica de lo que la asegura, la mantiene y la desarrolla.

“Las "deducciones" ya no son la forma mayor, sino sólo una pieza entre otras que poseen funciones de incitación, de reforzamiento, de control, de

³⁴Ibíd. Pág. 167.

³⁵FOUCAULT, M. *Historia de la sexualidad. Tomo I: La voluntad de saber*. Siglo XXI editores, España, 1998. Pág. 81.

vigilancia, de aumento y organización de las fuerzas que somete: un poder destinado a producir fuerzas, a hacerlas crecer y ordenarlas más que a obstaculizarlas, doblegarlas o destruirlas.”³⁶

El poder de muerte, que no desaparece, es ahora complementario del poder de administrar, multiplicar, controlar y regular la vida. En la perspectiva de Zarka, el biopoder, en la medida en que pone en relación las modalidades de una gestión de la vida de una producción de la muerte, puede dar lugar a una relectura de la totalidad de la historia política occidental.

Esa muerte, que se fundaba en el derecho del soberano a defenderse o a exigir ser defendido, apareció como el simple envés del derecho que posee el cuerpo social de asegurar su vida, mantenerla y desarrollarla.³⁷

Esa es la forma, pues, en que se ha devenido desde la preponderancia del poder soberano, entendido como derecho de hacer morir o de dejar vivir, hacia la preeminencia de un poder disciplinar que, siendo inherente a la noción ulterior de biopoder, significará para Foucault el poder de hacer vivir y dejar morir.

Podría decirse que el viejo derecho de *hacer* morir o *dejar* vivir fue reemplazado por el poder de hacer *vivir* o de *rechazar* hacia la muerte.³⁸

Zarka dice que Foucault no seguirá esta vía de análisis del poder disciplinar, en tanto biopoder, “más que cuando establezca otro concepto, el de gubernamentalidad (arte de gobernar), que, siempre sobre la base del concepto no jurídico del poder, permite analizar los modos de organización, de gestión, de control, de puesta en práctica y de regulación que producen la realidad social, más allá de los discursos jurídico-institucionales sobre la

³⁶Ibid. Pág. 82

³⁷Ibid. Pág. 82

³⁸Ibid. Pág. 82

soberanía, el Estado, la nación y otros conceptos generales que ocultan la realidad en vez de ayudar a comprenderla.”³⁹

Ahora bien, en tono a la noción de gubernamentalidad Foucault establece tres cosas que él mismo describe en los siguientes términos:

“Por ‘gubernamentalidad’ entiendo el conjunto constituido por las instituciones, los procedimientos, análisis y reflexiones, los cálculos y las tácticas que permiten ejercer esta forma tan específica, tan compleja, de poder, que tiene como meta principal la población, como forma primordial de saber, la economía política, como instrumento técnico esencial, los dispositivos de seguridad. En segundo lugar, por “gubernamentalidad” entiendo la tendencia, la línea de fuerza que, en todo Occidente, no ha dejado de conducir, desde hace muchísimo tiempo, hacia la preeminencia de ese tipo de poder que se puede llamar “gobierno” sobre todos los demás: soberanía, disciplina; lo que ha comportado, por una parte, el desarrollo de toda una serie de aparatos específicos de gobierno, y por otra, el desarrollo de toda una serie de saberes. Por último, creo que por “gubernamentalidad” habría que entender el proceso o, más bien, el resultado del proceso por el que el Estado de justicia de la Edad Media, convertido en los siglos XV y XVI en Estado administrativo, se vio poco a poco “gubernamentalizado”.⁴⁰

Tránsito, pues, de una determinada legitimación del poder soberano, como derecho de hacer morir y dejar vivir, a una preeminencia del poder disciplinar en los dominios de un biopoder, como poder de hacer *vivir* o de *rechazar* hacia la muerte, supone el arte de gobernar en procura de un devenir biológico de la población, en condiciones que pudiéramos llamar de óptimo rendimiento. Lo realmente paradójico en este tipo de control de la población, considerada en su aspecto biológico, es que el cuidado del vigor por parte de ese determinado de gobernar sobre la vida, tenga como finalidad el sacrificio de la vida misma en el marco de una estrategia entre estados.

³⁹ZARKA, Yves Charles, *Figuras del poder. Estudios de filosofía política de Maquiavelo a Foucault*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2004. Pág. 167.

⁴⁰FOUCAULT, M. *Estética, ética y hermenéutica*. Paidós Básica, Barcelona, 1999. Pág. 195.

El principio de poder matar para poder vivir, que sostenía la táctica de los combates, se ha vuelto principio de estrategia entre Estados; pero la existencia de marras ya no es aquella, jurídica, de la soberanía, sino la puramente biológica de una población.⁴¹

Así, la confrontación entre poder soberano y poder disciplinar quiere decir, de una parte, una aproximación a lo que Foucault analiza en el fondo del enfoque filosófico –jurídico a propósito de la guerra y el poder; por otra parte, aproximación al análisis que Foucault hace de Hobbes, en esta materia de las relaciones de poder asociadas a la guerra, lo cual significa un estricto remitirse al Leviatán como obra en la cual Hobbes habría dedicado todo un frente de ataque contra el modelo histórico-político de la guerra. Finalmente, aproximación al enfoque foucaultiano; esto supone la previa exploración de lo que el pensador francés caracteriza como enfoque histórico-político y del procedimiento genealógico que conciben el poder como dominación; de ahí la adherencia de Foucault a esta vertiente.

En resumen, Foucault aborda pues a Hobbes como teórico que en el Leviatán dispone todo un frente para conjurar la guerra; dicha conjura la asume en aras de defender la teoría de la soberanía; a su vez, el análisis de esta teoría llevará al autor francés a ver la insuficiencia del poder soberano para englobar a los individuos, en materia de abarcar las situaciones que se desprenden de las relaciones de poder (dominación, sometimiento, represión, et.), concretamente en el ámbito del sujeto al sujeto; finalmente, Foucault se dirige a demostrar la eficacia del poder disciplinar en esta materia específica de las relaciones de poder. En el proceso, el enfoque histórico – político, que Foucault caracteriza como de índole genealógica, ha sido herramienta importante para sacar a flote lo que subyace en el fondo del discurso filosófico-jurídico, en torno a la teoría de la soberanía y de ahí, asumir una postura propia.

⁴¹Ibid. Pág. 82

4. La toma de partido o la nueva forma de entender y escribir la historia

Se considera que tanto *Vigilar y Castigar* como *La voluntad de saber* representan en Foucault una ruptura con la tradicional "teoría del poder". Al igual que en su etapa anterior y en la que posteriormente atravesará, su disertación sobre el poder se define como una *ontología de la actualidad*, desde la cual se discurre en una crítica histórico-política de la verdad. Igualmente, su obra se ha designado como un transcurrir en la tensión historia-sujeto, en la indisociabilidad de discurso y acción, y en la interacción saber y poder.

A partir del Curso de 1976 en el *Collège de France*, aparece como punto nodal de sus indagaciones la vinculación entre historia y poder. Según Zarka, cuando Foucault evoca la vinculación entre relación de fuerza y relación de verdad, no habla solamente de una práctica historiográfica que él llama histórico política y que opone al discurso jurídico de la historia del poder, sino también y sobre todo de su propio discurso.⁴² Así, al asumir Foucault que el fondo de la relación de poder lo constituye el enfrentamiento bélico de las fuerzas (este argumento Foucault lo llama hipótesis de Nietzsche), estamos asistiendo a una verdadera toma de posición filosófica que guía el conjunto de la reescritura de la historia del poder.

En este sentido, debe entenderse porqué va a hacer una sustitución de un enfoque de análisis de poder centrado en la relación poder-contrato por otro centrado en la relación guerra-represión o, en otros términos, sustitución del binomio tradicional soberanía/obediencia por el binomio dominio/sumisión. Esta operación le lleva a cuestionamientos, como el de los saberes dominantes y, consecuentemente, reintegrar al campo historiográfico los textos y los relatos de las luchas, los combates o las rebeliones que la historia del poder había silenciado o sumido en el olvido.⁴³

⁴²ZARKA, Yves Charles, *Figuras del poder. Estudios de filosofía política de Maquiavelo a Foucault*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2004. Pág. 158.

⁴³*Ibid.* Pág. 158.

De suyo, este retorno a los relatos historiográficos en los que se registran las manifestaciones de guerra, en su amplia acepción, significa que la historia es la toma de partido o tomar posición, o lo que es lo mismo: el entendimiento y la escritura de la historia no son prácticas neutrales; la historiografía está animada por una toma de posición, una toma de partido.

Es la pertenencia a un bando –la posición descentrada- lo que va a permitir descifrar la verdad, denunciar las ilusiones y los errores con los que nos hicieron creer –los adversarios nos hacen creer- que estamos en un mundo ordenado y pacífico.⁴⁴

En consonancia, pues, con este orden de ideas, los desarrollos teóricos hechos por Foucault a mediados de los años 70, ha dado en calificarse como una transformación de la historia del poder, y en este esfuerzo no debe desdeñarse la militancia y el compromiso filosófico y político.

Así, Marcelo Hoffman sostiene que desde principios y hasta mediados del decenio de los 70 del siglo XX, Michel Foucault postula que el poder consiste en una relación en vez de una sustancia y que esta relación se compone de fuerzas desiguales comprometidas en una lucha de uno contra otro, lo que resulta invariablemente en la dominación de algunas fuerzas sobre las demás.

Esta comprensión del poder, que Foucault a posteriori llama “hipótesis de Nietzsche” o específicamente “modelo de la guerra”, apuntaló hacia su bien conocido enfoque del poder disciplinario. Sin embargo, continúa Hoffman, Foucault en su curso del Collège de France del año académico 1975-1976-al cual nos referimos en este trabajo con el título editado de “Defender la sociedad”-, repentinamente comenzó a poner en cuestión este modelo y sus dudas no se reducen hasta bien entrado el decenio en referencia. En este artículo, Hoffman sugiere que la militancia política de Foucault en esa década motiva su

⁴⁴FOUCAULT, M.; *Defender la sociedad*. FCE, México. 2000.

adhesión al modelo de la guerra y que más tarde, su actitud política más prudente, sustenta sus sospechas acerca de dicho modelo⁴⁵.

Al respecto Casullo⁴⁶ presenta un panorama de los años sesenta del siglo XX y sus influencias, y según él algo de gran relevancia de esta década es la *crítica violenta de las costumbres*. En este sentido, se caracteriza por ser una época *contestataria* y como tal en el ámbito estudiantil tendrá su más radical impulsador. Rebasando el marco del análisis marxista, dicha ola contestataria genera una ola crítica más abarcadora y compleja que la de las meras instituciones⁴⁷.

Pues bien, esta ola será la que arrastre a Foucault -o quizás sea él mismo uno de sus impulsores-. La perspectiva de las relaciones de poder en Foucault implica una postura política en sentido diferente a la establecida por marxismo; en el terreno del marxismo el poder es propiedad de la clase dirigente, la cual dispone en el propósito de su preservación, como clase dominante, de las instituciones y los aparatos jurídicos, entre otros elementos, por lo cual dichas instituciones y aparatos estarían a su servicio, para ejercer poder constante sobre los dominados.

No obstante, debe tenerse en cuenta que el marxismo piensa el poder como dominación, y en esto Foucault tiene un punto en común con aquella corriente del pensamiento. Pero Foucault se desmarca de esta postura porque el análisis marxista sigue preso del discurso universalista y esencialista, por un lado y, por el otro, ha sido incapaz de ver las relaciones de poder en todos los ámbitos de las relaciones humanas.

Foucault propone el cuestionamiento profundo de las normatividades, de los valores, de las relaciones de poder, de la sexualidad, de los encierros, de la cultura y de la moral burguesa, siguiendo la línea que de una u otra forma pudiera conducir a ese estado de inconformidad que manifestó, en primer plano, la juventud de entonces. El mismo Casullo

⁴⁵ HOFFMAN, Marcelo. *Foucault's politics and bellicosity as a matrix for power relations*; en Philosophy & Social Criticism. SagePublications. Los Ángeles, U.S.A. Vol. 33, No 6, pp. 756 – 778. www.sagepublications.com

⁴⁶ Nicolás Casullo y otros. (1999). *Itinerarios de la Modernidad*. Buenos Aires: Eudeba.

⁴⁷ Tazo Fernán. *Michel Foucault: Sobre El Intelectual*. En: www.monografias.com.

expresa esto en los siguientes términos "Brota fuertemente la crítica a un ordenamiento cultural de la vida, a los planteamientos morales y éticos que los sustentan. En principio, la crítica más fuerte es a la relación poder- sujetos. La juventud de los `60 plantea que el poder se manifiesta en todas partes, y sobre todo en aquellas circunstancias donde suele camuflarse como que no es "poder"". ⁴⁸

Al apropiarse de esta forma de concebir el poder en general y el poder político en particular, el propio Foucault entrará en fuertes desavenencias especialmente con los marxistas y con Sartre que, a esta altura de comienzos de los 70, asume una marcada convicción en el pensamiento de Marx , debido a ese viraje que podemos catalogar de la macrofísica del poder a la microfísica del poder, cuestión esta última que esbozará posteriormente el pensador de Poitiers.

Desde la perspectiva de lo que podríamos llamar, por convencionalismo, macrofísica del poder, en tanto que atribuible al Estalinismo y al totalitarismo fascista, el poder debe ser algo que se *posea*, que es propiedad de alguien que lo ha conseguido de forma más o menos violenta o, en todo caso, mediante el sojuzgamiento político, económico y de otra índole y, en tal empeño de posesión, las instituciones son adecuadas para servir a los propósitos de dominación de la clase dirigente, es decir, de preservación y monopolización de todo privilegio que sólo puede dar el ejercicio del poder en propiedad, es decir, el poder como posesión de alguien claramente identificable. Como tal, la realidad totalitaria no admite ningún poder alterno ni paralelo.

Respecto a la toma del poder, el marxismo, por ejemplo, está convencido que basta con derribarlas estructuras donde reposa el poder dominante, mediante un acto revolucionario que no excluye la violencia y la dictadura de esas fuerzas revolucionarias, para instaurar el poder de los dominados, lo cual significa algo así como un acto de redención terrena de los sometidos. El germen primigenio e histórico-práctico de este devenir dialéctico es la Unión Soviética. En esta perspectiva, el sujeto se ha sacrificado ante la totalidad que resulta ser la colectividad. Pero, lo más alarmante de este caso, el poder surgido, que fue

⁴⁸Nicolás Casullo y otros. (1999). *Itinerarios de la Modernidad*. Buenos Aires: Eudeba.

promocionado como poder alcanzado por los sometidos, dio origen a una nueva suerte de dominadores y dominados.

En un sentido más local, más terminal, Foucault estuvo atento, en el aquí y el ahora, a esa realidad desgarrada, anodina, ignorada del sujeto fabricado por las relaciones del poder: el problema en estas condiciones no es ya cómo arrebatarse el poder a sus poseedores, en cuyo caso se convierte en una lucha por él mismo, de forma tal que tiende a perennizar la confrontación entre poseedores y sometidos. La perspectiva foucaultiana indaga por las condiciones en que esas relaciones de poder se dan y la forma como dicha relación fabrica sujetos. Microfísica del poder, por tanto, que lleva a indagar por el poder ya no de forma substancial sino de forma relacional.

Desde la perspectiva de una microfísica del poder Foucault cree ver un camino más expedito para descifrar las formas en las que dichas relaciones de poder obran, se mueven, se ejercen, se manifiestan, funcionan; es decir, las formas en cuyo contexto crean los sujetos, a quienes en su inmensa mayoría la revolución (burguesa o socialista) ha confinado al sacrificio, al olvido, al sufrimiento, al encierro, en fin, a la marginalidad. La modernidad, desde la Ilustración hasta la época de Foucault, supone una revolución de la totalidad, susceptible de haberse convertirse en realidad totalitaria, ante la cual el sujeto no ha sido más que una micro-parte, contingente y sacrificable, de aquella totalidad que aspira a revolucionarse.

De esta manera, a diferencia de lo que pudiéramos objetarle a Foucault, en el sentido de que su análisis del poder serviría más que de una especie de distractor para que no pueda verse la verdadera esencialidad del poder y de los que ejercen el poder, nos encaminamos a pensar que su perspectiva parte de concebir que en una escala descendente, todos los sujetos en la sociedad ejercen poder y están cruzados por relaciones de poder. No obstante, queda aún por resolverse quiénes son, en última instancia, los beneficiarios, los que auténticamente hacen usufructo, de este ámbito migratorio del poder en que confluyen la conveniencia de un poder soberano y la eficacia de un poder disciplinar, indudablemente más al servicio de algunos y recayendo con más rigor sobre otros.

Lo que puede desprenderse del análisis foucaultiano es que un sujeto determinado, miembro de una clase determinada, es susceptible de ejercer un enorme poder, el cual, en un momento dado, puede chocar con el poder de otro similarmente poderoso de su clase. Asimismo, es factible pensar que un humilde sujeto, de las zonas marginales, está dispuesto a ejercer determinado grado de poder sobre alguien que pudiera pensarse más desvalido aún. Esto es impensable para cierto tipo de marxismo, porque en el rigor de ese tipo de pensamiento, la uniformidad de las clases dominantes en torno a sus intereses garantiza una determinada unidad y finalidad en el ejercicio del poder. Asimismo, puede constituirse una cierta unidad de los oprimidos en torno a un ideal común, que conllevaría a las condiciones para la revolución que pudiera poner término a la dominación.

Al realizar un análisis del poder por otra vía que no signifique ver el poder como acción que se efectúa de una clase a otra, de unas instituciones a los sujetos, Foucault se centra en el análisis de ese sujeto singularmente cruzado por relaciones de poder y la perspectiva del poder ahora se le revela como ejercicio que involucra la relación sujeto-sujeto. En este sentido Foucault establece un principio de rebasamiento de la vieja discusión política del tipo *izquierda – derecha*, que de alguna forma sigue encarrilando a los sujetos a la estructura del poder, mediante mecanismos, dispositivos y discursos de saber que los lanza a la aprehensión y reproducción del carácter de dominación y el de dominado en uno y otro aspecto ideológico.

Para ir redondeando en torno a esta cuestión de militancia política, digamos que Foucault no deja de realizar sus objeciones a la política, como discurso de verdad que es, y el accionar crítico que despliega ante esta disciplina, que perfectamente puede caracterizar como discurso de verdad, le lleva a inscribirla en una ontología histórica de nosotros mismos que en una de sus vertientes se constituye en una genealogía del poder.

En estas condiciones, aunque aún resuenan los reproches que le hacen sus críticos, especialmente porque su accionar archivístico no conduce a propuestas políticas, como es factible verlo en el marxismo, su enfoque genealógico no puede incurrir en la arrogancia de una determinada propuesta política de salida que oficie de solución a la

sociedad disciplinaria que desde Vigilar y castigar él ya denuncia, sencillamente porque dicha propuesta puede tener de principio connotaciones de discurso de verdad y como tal, reprobable desde esta herencia nietzscheana.

No obstante, de haber una característica de no militante, evidenciable en su obra, esto no impide el compromiso político expresado en algo así como la consigna ilustrada del atreverse a pensar; es decir, su obra, que de suyo se inscribe en el rigor de la aspiración kantiana de uso público de la razón, se constituye en un cúmulo de pistas abiertas para que nosotros ensayemos las posibles respuestas que, imperativamente, deben darse.

Esto lo expresa el propio Foucault de la siguiente manera, al referirse al contexto de sus ideas:

"Lo que digo debe ser considerado como unas proposiciones, unos 'ofrecimientos de juego' a los que se invita a participar a quienes puedan interesarse en ello; no se trata de afirmaciones dogmáticas que deben ser tomadas en bloque. Mis libros no son tratados de filosofía ni estudios históricos; a lo sumo, fragmentos filosóficos en canteras históricas."⁴⁹

En todo caso, al reprochársele a Foucault esta especie de falta al compromiso político con los que sufren el rigor del poder, debe recordarse que en sus obras aparece toda una crítica a la política como lo evidencia el siguiente pasaje de la Vida de los hombres infames, en donde no se niega el derecho a levantarse que tienen los más desfavorecidos, sino que más bien se advierte sobre lo aventurado que resulta ser el poner un nombre propio al poder, de hecho para Foucault, cuestión imponderable:

"...El sufrimiento de los hombres nunca debe ser un mudo residuo de la política, sino que, por el contrario, constituye un fundamento de un derecho absoluto a levantarse y a dirigirse a aquellos que detentan el poder...Es preciso darse cuenta de que con mucha frecuencia son justamente los gobernantes los que hablan, quienes únicamente pueden y quieren hablar. La experiencia muestra que se puede, y que se debe rechazar el papel

⁴⁹FOUCAULT, Michel. El discurso del poder. México. Folios. 1983

teatral de la pura y simple indignación que nos proponen. Amnistía Internacional, Tierra de los Hombres, Médicos del Mundo, son algunas de las iniciativas que han creado este nuevo derecho: el derecho de los sujetos privados a intervenir efectivamente en el orden de las políticas y de las estrategias internacionales. La voluntad de los individuos debe incardinarse en una realidad que los gobiernos han pretendido monopolizar. Ese monopolio es el que hay que socavar poco a poco y día a día."⁵⁰

En general, puede aseverarse que el trabajo de Foucault, en gran medida político, ha sido la observancia de los acontecimientos -que él mismo ve como punto de partida en la línea de hundimiento del nazismo y la línea de retroceso del estalinismo-, conducente a la constitución de genealogías que pongan a prueba y a sospecha la arrogancia de legitimidad de los discursos que devienen en su carácter de normalidad y cientificidad en la sociedad. Su observación da cuenta, pues, de lo cotidiano, de lo que permanece allí, casi invisible; en fin, de la forma como funcionan las relaciones de poder, vistas como situación omnipresente e impersonal, en el sentido de que el poder no reside en ningún lado específico ni nadie lo posee en propiedad exclusiva.

De aquí se deriva para la genealogía una tarea indispensable: percibir la singularidad de los sucesos, fuera de toda finalidad monótona; encontrarlos allí donde menos se espera y en aquello que pasa desapercibido por no tener nada de historia --los sentimientos, el amor, la conciencia, los instintos--, captar su retorno, pero en absoluto para trazar la curva lenta de una evolución, sino para reencontrar las diferentes escenas en las que han jugado diferentes papeles; definir incluso el punto de su ausencia, el momento en el que no han tenido lugar.⁵¹

Pero aunque pudiera admitirse con Hoffman que en el primer Foucault se debatiera un espíritu movido por la sospecha, impelido de militancia política más o menos radical, para posteriormente en forma más moderada abandonar abruptamente el análisis de ciertas

⁵⁰FOUCAULT, Michel. La vida de los hombres infames. Madrid. La Piqueta. 1990

⁵¹FOUCAULT, M. *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1992. Pág. 7.

categorías como la de represión o la de biopolítica, tenemos, como bien lo da a entender el profesor Godoy Arcaya, que lo que trasciende en Foucault es su enfoque vigoroso del poder, apartándose de la tradicional forma jurídico filosófica que lo ha entendido como atributo delegado al aparato estatal que, al ejercerlo, asegura la obediencia de los ciudadanos, inmersos en el seno de una sociedad políticamente instituida. Diferente también esta forma de entender el poder al modo de Weber, quien lo concibe como la facultad que tienen los actores sociales para imponer su voluntad sobre otros.

Asimismo, diferente a la tradición marxista que lo entiende inscrito en el sistema de dominación que un individuo o un grupo puede ejercer sobre otros, con efectos sobre el conjunto de la sociedad.⁵²

Como quiera que la finalidad de Foucault es establecer un concepto no jurídico del poder, se aplica en examinar preliminarmente los elementos constitutivos del enfoque filosófico jurídico que asocia el poder soberano a un carácter de legitimidad, surgido del pacto establecido por los súbditos. De ese análisis surgirá su convicción en una concepción histórico-política que pueda dar claridad al efectivo –no hipotético– devenir del poder asociado a la guerra.

Veamos entonces lo que indaga Foucault en esa tradición filosófico jurídica que entiende una cesión del poder del sujeto (súbdito) al poder soberano (Estado) como condición indispensable para expulsar la guerra del seno de la sociedad civil en donde, a partir de esta conjura de la guerra, no puede reinar más que el dominio de lo político. Haremos después el seguimiento de ese esfuerzo de Foucault por rebatir este enfoque en el sentido de admitir, en cambio, que el dominio de lo político es la continuación de la guerra por otros medios.

⁵²GODOY ARCAYA, Óscar. *Analítica del poder: en torno a Michel Foucault*.
www.infoamerica.org/documentos_pdf/foucault01.pdf

5. El enfoque filosófico jurídico o la finitud de la guerra

Del anterior numeral podemos deducir que un punto crucial en la perspectiva de Foucault al abordar los contenidos de la tradición filosófico-jurídica en torno a la guerra y el poder, es decir, el poder en el terreno mismo del discurso del derecho allende la guerra conjurada, es el de encaminarse a una nueva forma de entender y consignar la historia; esto porque entiende que la historia es la historia del poder, la historia oficial a través de la cual, los vencedores han sellado su victoria, justificándola por medio de su relato; de ahí que sea el relato de los vencedores y en tanto es así, la escritura de la historia se convierte en toma de partido.

Por consiguiente, es un análisis del enfoque jurídico del poder para tomar distancia, para deshacerse de él y, en cambio, dirigirse a “arruinar el prestigio de los vencedores situándose en el otro bando, el bando de los vencidos, para escribir la historia de los vencidos en tanto vencidos, es decir, en tanto que sojuzgados.”⁵³. Esto quiere decir que su indagación se encamina a hacer valer en su secreto y en su brutalidad el hecho histórico de la dominación y mostrar que no sólo el derecho es el instrumento de la dominación, sino que también transmite y hace funcionar relaciones que no son de soberanía sino de dominación.

Por derecho debe entenderse también las instituciones, reglamentos y aparatos que lo aplican. Por consiguiente, no va a considerar al rey en su posición central, sino a los sujetos en sus relaciones recíprocas; así mismo, no se centra en concebir y teorizar sobre la soberanía como institución, sino que se remite a las sujeciones múltiples que tienen lugar y funcionan en el interior del cuerpo social.

Foucault nos dice, pues, en sentido diferente y sustancial al expuesto por el discurso filosófico jurídico, que la apuesta de todas las genealogías⁵⁴ consiste en determinar

⁵³ZARKA, Yves Charles, Figuras del poder. Estudios de filosofía política de Maquiavelo a Foucault. Biblioteca Nueva, Madrid, 2004. Pág. 156.

⁵⁴Foucault define GENEALOGÍA como el acoplamiento del saber erudito y el saber de la gente que permite la constitución de un saber histórico de las luchas y la utilización de este saber en las tácticas actuales. Su condición de posibilidad se da a partir de que sea eliminada la tiranía

cuáles son, en sus mecanismos, sus efectos, sus relaciones, esos diferentes dispositivos de poder que se ejercen, en niveles diferentes de la sociedad, en ámbitos y con extensiones tan variadas; y, que se sepa, de esta caracterización de las relaciones de poder, nunca adjuró por más que haya abandonado su tratamiento en la última etapa de su vida, a principio de los 80,; y no renunció jamás a este proyecto por la sencilla razón de que el proceder puesto en dicho análisis, de suyo, representa el carácter mismo del espíritu genealógico.

Así, como punto de partida de este momento fundamental de su transformación en el análisis del poder, empieza por especificar que la apuesta de todas las genealogías es factible resumirla en el siguiente interrogante: ¿puede el análisis del poder o los poderes deducirse, de una u otra manera, de la economía?

Esto está dando a entender, en otras palabras, que habría un economicismo en la teoría del poder que, según el pensador francés, es inherente al contractualismo y en general a los filósofos políticos del siglo XVIII. Vale decir que este economicismo en la teoría del poder lo hará extensivo a la concepción marxista o, al menos, a cierta concepción que se precia de ser marxista.⁵⁵

Con esto quiere decir que, por una parte, en la teoría jurídica clásica, -reiteremos que aquí inscribe al pensamiento contractualista y del siglo XVIII en general- “el poder es

de los discursos globalizantes, con su jerarquía y todos los privilegios de la vanguardia teórica. Así, para Foucault la genealogía se presenta como una anti-ciencia. No por esto pretende oponer la unidad abstracta de la teoría a la multiplicidad concreta de los hechos. Hace *“entrar en juego saberes locales, discontinuos, descalificados, no legitimados, contra la instancia teórica unitaria que pretendía filtrarlos, jerarquizarlos, ordenarlos en nombre de un conocimiento verdadero y de los derechos de una ciencia que sería poseída por alguien”*. No se trata por ello de reivindicar el derecho lírico a la ignorancia o al no saber. Se trata de la *“insurrección de los saberes”* contra *“los efectos de poder centralizadores dados al funcionamiento de un discurso científico organizado en una sociedad como la nuestra”*. En este punto hace una polémica acotación sobre las pretensiones de cientificidad de sistemas como el marxismo y el psicoanálisis. Frente a ellos, el proyecto de las genealogías sería librar los saberes históricos sujetos del discurso cientificista.

⁵⁵FOUCAULT, M.; *Defender la sociedad*. FCE, México. 2000. P. 26

considerado como un derecho, del que se es poseedor como de un bien, que en consecuencia puede transferirse o alienarse, total o parcialmente, mediante un acto jurídico o un acto fundador de derecho que sería del orden de la cesión o el contrato”.⁵⁶

Dicho de otra forma, Foucault considera que en el pensamiento del siglo XVIII la concepción del poder en general se remite efectivamente al poder concreto que todo individuo detenta y que cede, parcial o totalmente, para contribuir a la constitución de un poder político, de una soberanía. Secuencia, pues, establecida en los siguientes términos: poder, cesión, contrato, soberanía. Si nos remitimos a Hobbes, Foucault entiende que esta secuencia la sigue el pensador inglés, necesariamente, intentando en todo momento justificar el advenimiento del Estado, que emerge en su condición de entidad garante de la seguridad del súbdito, lo que de suyo comporta el proceso en el cual se efectúa la conjura de la guerra a las márgenes mismas de dicha entidad.

Foucault agrega que en el interior de este conjunto teórico, “la constitución del poder político se hace siguiendo el modelo de una operación jurídica que sería del orden del cambio contractual (analogía con consecuencias evidentes y que recorre toda esta teoría situada entre el poder y los bienes, el poder y la riqueza).”

Si bien en la concepción marxista general del poder aparece algo distinto para Foucault y es aquello que podría denominarse la funcionalidad económica del poder -“*Funcionalidad económica* en la medida en que el papel del poder consistiría, en esencia, en mantener relaciones de producción y, a la vez, prorrogar una dominación de clase que el desarrollo y las modalidades características de la apropiación de las fuerzas productivas hicieron posible”-⁵⁷, dicha concepción, al igual que el contractualismo, dan pie para entender la circulación del poder subordinado a la economía. Desde este enfoque del economicismo en la teoría del poder, éste es caracterizado como algo que se posee, se adquiere; se cede por contrato o por la fuerza; se enajena o se recupera.

En todo caso, tanto para la teoría clásica del siglo XVIII como para el marxismo, el poder político encontraría que en la economía está su razón política, su razón histórica de

⁵⁶ FOUCAULT, M, *Microfísica del poder*; La Piqueta, Madrid, 1992. P. 134.

⁵⁷ FOUCAULT, M.; *Defender la sociedad*. FCE, México. 2000. P. 27

existencia. En términos generales, mientras que en el caso de la teoría jurídica clásica aparece para Foucault un poder político que encuentra en el proceso de cambio, en la economía de la circulación de bienes su modelo formal, en el caso de la concepción marxista el poder tiene en la economía su razón histórica de ser y el principio de su forma concreta y de su funcionamiento actual.

A partir de este punto común que comparten la teoría jurídica clásica y la concepción marxista del poder establece un problema subyacente que descompone en interrogantes de dos órdenes y a partir de lo cual establecer un deslinde para el análisis del poder que lo lleve por terrenos diferentes al que caracteriza como dominio del economicismo en las relaciones de poder.

En primer lugar plantea lo siguiente: ¿está siempre el poder en posición secundaria respecto a la economía? ¿Su finalidad y, en cierto modo, su funcionalidad son la economía? ¿Tiene esencialmente como razón de ser y como fin servir a la economía? ¿Está destinado a hacerla funcionar, a solidificar, mantener, reproducir, las relaciones propias de dicha economía y esenciales para su funcionamiento?

En segundo lugar Foucault establece este orden de interrogantes: ¿Está el poder modelado según la mercancía, es algo que se posee, se adquiere, se cede por contrato o por fuerza, es algo que se aliena o se recupera, que circula, que evita esta o aquella región? ¿O por el contrario los instrumentos que se necesitan para analizarlo son distintos, aunque efectivamente las relaciones de poder estén profundamente imbricadas con y en las relaciones económicas y formen siempre una especie de haz con ellas?⁵⁸ En este caso, concluirá Foucault, “la indisociabilidad de la economía y de la política no sería del orden de la subordinación funcional, ni del isomorfismo formal, sino de otro orden que tendría que individualizarse convenientemente.

El ensayo de un camino diferente al de la fundamentación economicista, le llevará a afirmar que el poder no se da, ni se intercambia, ni se retoma, sino que se ejerce; existe sólo en acto. Afirma otra cosa: el poder no es, en primer término, mantenimiento y

⁵⁸Ibid. Pág. 27.

prórroga de las relaciones económicas sino una relación de fuerza en sí mismo. Pero ¿qué es el ejercicio del poder?, ¿en qué consiste?

Una primera respuesta que Foucault encuentra sobre estos interrogantes (de Hegel a Freud y de éste a Marcuse) es ésta: El poder es esencialmente lo que reprime. Desde este punto de vista “el poder reprime la naturaleza, los instintos, a una clase, a los individuos.”⁵⁹

No obstante, Foucault no va a remitirse en este análisis del poder a algo que es como mera expresión de fuerza represiva. En el primer volumen de *La historia de la sexualidad*, titulado *La voluntad de saber*, Foucault argumenta que a la par de la concepción del poder como mera fuerza represiva, debe entenderse que al mismo tiempo crea las condiciones de posibilidad para la circulación de ciertos discursos y prácticas que le resultan funcionales. Esto es palmario, por ejemplo, en la forma como desde el Siglo de las Luces hasta la época victoriana se perfila un discurso sobre el tratamiento de la sexualidad. Así lo expresa Foucault: “Desde el siglo XVIII el sexo no ha dejado de provocar una especie de erotismo discursivo generalizado. Y tales discursos sobre el sexo no se han multiplicado fuera del poder o contra él, sino en el lugar mismo donde se ejercía y como medio de su ejercicio; en todas partes fueron preparadas incitaciones a hablar, en todas partes dispositivos para escuchar y registrar, en todas partes procedimientos para observar, interrogar y formular”.⁶⁰

Una segunda respuesta que Foucault encuentra a aquellos interrogantes arriba mencionados es que “si el poder es realmente el despliegue de una relación de fuerza, más que analizarlo en términos de cesión, contrato, alienación, o, en términos funcionales del mantenimiento de las relaciones de producción, ¿no debería ser analizado en términos de *lucha*, de *enfrentamiento*, de *guerra*?”⁶¹ Resumiendo este nuevo aspecto,

⁵⁹ FOUCAULT, M, *Microfísica del poder*; La Piqueta, Madrid, 1992. P. 135

⁶⁰ FOUCAULT, M. *Historia de la sexualidad*, Tomo 1, *La voluntad de saber*, México, Siglo XXI. Pág. 44.

⁶¹ FOUCAULT, M.; *Defender la sociedad*. FCE, México. 2000. P. 28

Foucault, propone plantear el poder en términos de represión, guerra y en el ínterin, a manera de clivaje, ciertos discursos y prácticas funcionales.

Ahora bien, frente a la primera hipótesis, la que establece que la mecánica del poder es esencialmente represión, el pensador francés se apresta a formular una segunda hipótesis desprendida de contemplar el poder en términos de lucha, es decir, “el poder es la guerra, la guerra continuada con otros medios”, lo que presupone la inversión de la afirmación de Clausewitz, al decir que la política es la guerra continuada por otros medios.

El esquema histórico político, entonces está en la antesala del aforismo de Clausewitz de tal forma que cuando se habla de inversión, para Foucault no es otra cosa que el camino en contravía que tomará el oficial prusiano al trazado por la vieja tradición histórico política de la guerra.

Cabe destacar que si algo puede aclarar el porqué al tratar la concepción hobbesiana sobre la guerra, Foucault trae a colación el aforismo de Clausewitz y, por tanto, la necesidad de su inversión para entender mejor las relaciones de poder, en tanto guerra infinita al interior de las sociedades, es que tanto el militar prusiano como Hobbes conciben la guerra como una determinada alteración del orden civil, apaciguado por lo político. Más allá de esto, aunque lo político falle y la guerra sea la continuación de la política por otros medios, está claro que este evento no deja de ser una alteración del orden civil. En todo caso, este es el tipo de presupuestos sobre los cuales reposa la concepción jurídica del poder.

En este sentido Zarkasostiene que si algo “puede brindarnos un acceso más fácil al concepto no jurídico del poder es la inversión que Foucault hace de la famosa tesis de Clausewitz según la cual la guerra es la continuación de la política por otros medios. Invertiendo esta proposición, Foucault formula la provocadora tesis de que la política es la continuación de la guerra por otros medios.”⁶²

⁶²ZARKA, Ch. Y. opus Cit. Pág. 160

Vamos a ampliar un poco más lo que el autor prusiano establece en torno a la guerra, para contextualizar lo que acabamos de mencionar. Partamos entonces de ver el célebre aforismo de Clausewitz:

“La guerra es la continuación de la política por otros medios. Vemos pues que la guerra no es sólo un acto político, sino un verdadero instrumento político, una continuación del tráfico político, una ejecución del mismo por otros medios. Lo que sigue siendo peculiar de la guerra se refiere tan sólo a la naturaleza singular de sus medios. El arte militar en su conjunto, y el general al mando en cada caso concreto, pueden exigir que las direcciones e intenciones de la política no entren en contradicción con esos medios, y probablemente esa pretensión no sea pequeña; pero, por mucho que influya en algún caso sobre las intenciones políticas, siempre habrá de pensarse tan sólo como una modificación de las mismas, porque la intención política es el fin, la guerra el medio, y nunca puede pensarse el medio sin el fin.”⁶³

Según se desprende de este célebre pasaje, la guerra es un acto político, la guerra es política. Esto quiere decir más explícitamente que la guerra se constituye en un instrumento político y, por tanto, en instrumento de la política del Estado. En este sentido, política de seguridad nacional que entiende el peligro de la guerra como amenaza del poder soberano del Estado y por tanto dicho evento no puede ser algo autónomo y separado de lo político.

Es política que entre más pueda llevar la cuestión bélica a las márgenes mismas del Estado, tanto mejor. Es, entonces, una forma de hacer política con otros medios y estos medios comportan el combate, la fuerza, la violencia, la destrucción, situaciones en manera alguna nada deseables al interior de la sociedad civil. De ahí que la crudeza de la guerra, signifique continuación de la política por otros medios, puesto que el ejercicio de

⁶³CLAUSEWITZ, Carl Von. *De la guerra*, Versión íntegra, Traducción de Carlos Fortea, Estudio preliminar de Gabriel Cardona, La Esfera de los Libros, Madrid 2005. Pág. 31.

la política, aunque en el peor de los casos signifique algún tipo de confrontación, jamás puede llegar a tener el carácter a ultranza, letal y amenazante de la existencia humana como el alcanzado en el fragor de la batalla, de la guerra propiamente dicha. Esta crudeza de la guerra lo expresa Clausewitz de la siguiente forma:

“Las almas filantrópicas podrían fácilmente pensar que hay una manera artificial de desarmar o derrotar al adversario sin causar demasiadas heridas, y que esa es la verdadera tendencia del arte de la guerra. Por bien que suene esto, hay que destruir semejante error, porque en cosas tan peligrosas como la guerra, aquellos errores que surgen de la bondad son justamente los peores. Dado que el uso de la violencia física en todo su alcance no excluye en modo alguno la participación de la inteligencia, aquel que se sirve de esa violencia sin reparar en sangre tendrá que tener ventaja si el adversario no lo hace. Con eso marca la ley para el otro, y así ambos ascienden hasta el extremo sin que haya más barrera que la correlación de fuerzas inherente.”⁶⁴

Las fuerzas contrincantes deben ser reducidas a su incapacidad para proseguir la lucha y esto se refiere, sencilla y llanamente, ala aniquilación del enemigo. “En el combate, toda la actividad está orientada a la aniquilación del adversario, o más bien de sus fuerzas armadas, porque está dentro de su concepto mismo; la aniquilación de las fuerzas enemigas es por tanto siempre el medio para alcanzar el fin del combate.”⁶⁵

Para el autor prusiano, el dejar indefenso al enemigo, incapaz de recuperarse de los golpes asestados, se constituye en objetivo de la guerra. En la medida en que sea reducido a la indefensión total, en la medida en que se propicie su derrota es que se garantiza la seguridad absoluta de la unidad estatal victoriosa. Ésta es el motivo por el cual la guerra tiene como objetivo la aniquilación del enemigo, la destrucción de su potencia. Y nos referimos a la guerra como atributo del Estado, porque en las sociedades modernas, dicho evento finalmente nos remite a este poderoso ente investido de poder soberano.

⁶⁴Ibíd., pág. 18.

⁶⁵Clausewitz, *op. cit.*, libro I, capítulo segundo, pág. 41.

Así, la guerra continúa como evento en el que se ha transformado el ejercicio de la política y como la guerra es un acto político, “no tenemos que pensar la guerra como una cosa autónoma, sino como un instrumento político.”⁶⁶ De lo anterior se deduce que las guerras se distinguen entre sí por los fines políticos que persiguen, pero en todo caso al estar sujetas al dominio de lo político, del aparato político, se convierten en propiedad del Estado que en todo sentido identifica, predominantemente, al enemigo en otro Estado.

Así, la política se caracteriza por la distinción entre el amigo y el enemigo, según lo expresado por Carl Schmitt, y por extensión la guerra y la paz nos remite a la situación binaria de amigo y enemigo que en la modernidad se expresa en cierta política de vecindad entre Estados, a partir de la cual el vecino puede ser el enemigo y el vecino del vecino un amigo.

En otro célebre pasaje de su obra, Clausewitz sostiene lo siguiente: “Así que la guerra no sólo es un auténtico camaleón, porque en cada caso concreto modifica en algo su naturaleza, sino que además, en lo que respecta a sus manifestaciones globales, en relación con las tendencias que en ella predominan, es una fantástica trinidad compuesta de la violencia originaria de su elemento, el odio y la enemistad –que han de considerarse un ciego instinto elemental–, del juego de las probabilidades y del azar –que la convierten en una libre actividad del espíritu– y de su naturaleza subordinada de herramienta política, que la hace caer dentro del mero entendimiento.

La primera de esas tres caras está vuelta hacia el pueblo, la segunda más hacia el general y la tercera más hacia el Gobierno.”⁶⁷

No obstante, a pesar de todo el carácter de cruenta crudeza que adquiere la guerra para Clausewitz establece una distinción entre guerra absoluta y guerra real.

La primera forma de guerra, la guerra absoluta, la inscribe en los siguientes términos:

⁶⁶Ibíd., pág. 32.

⁶⁷Clausewitz, *op. cit.*, libro I, capítulo primero, pág. 33.

“En la forma absoluta de la guerra, donde todo ocurre por razones necesarias, todo se ensambla con rapidez, donde no hay, si puede decirse así, espacios intermedios neutrales y sin esencia, sólo hay, debido a las múltiples interacciones que la guerra encierra en sí, debido a la cohesión que, en sentido estricto, guarda toda la serie de combates sucesivos, debido al punto culminante de cada victoria, más allá del cual se entra en el ámbito de las pérdidas y derrotas, debido a todas estas circunstancias naturales de la guerra, digo, sólo hay un éxito, y es el éxito final.”⁶⁸

Sin embargo en el caso de una guerra entre estados, el ejercicio de la política significa un obstáculo para una tendencia ascensional hacia los extremos en el fragor del combate. De esta forma las fuerzas más beligerantes son obligadas a renunciar a su determinación de llegar al extremo. Estamos entonces en el dominio de la guerra real en donde ha predominado el ejercicio de lo político.

En este sentido, Clausewitz afirma que son muy raras las guerras que adquieren la fisonomía de guerras absolutas, en cuyo caso la guerra absorbe a la política. La guerra absoluta, con todo su rigor de brutalidad, es la guerra en sí y para sí, puesta en marcha con su propia lógica interna y, por tanto, independiente de lo político y enfocada desde un punto de vista exclusivamente militar. En sentido estricto, la guerra real es la que se ha desenvuelto realmente en la historia.

Hasta aquí Clausewitz. Retomemos ahora la confrontación que hace Foucault del pensamiento jurídico del poder y el no jurídico que defiende con base en la tradición histórico política. Recordemos que en el análisis de aquella tradición jurídica del poder y al explorar el pensamiento de Hobbes y el aforismo de Clausewitz, Foucault se aplicará en argumentar la forma como la guerra continúa más allá de la paz, una vez ésta dice haberse consagrado en la sociedad, de tal forma que la política no es otra cosa que la continuación de la guerra por otros medios y, en este sentido, según el pensador francés, Clausewitz lo que hará al formular su famoso aforismo es proceder en el sentido inverso al de aquella concepción que reposa ya en ese pensamiento histórico-político de los siglos XVII y XVIII.

⁶⁸Clausewitz, *op. cit.*, libro VIII, capítulo tercero, pág. 640.

“Creo, en efecto –e intentaré demostrarlo-, que el principio de que la política es la continuación de la guerra por otros medios era un principio muy anterior a Clausewitz, que simplemente invirtió una especie de tesis a la vez difusa y precisa que circulaba desde los siglos XVII y XVIII.”⁶⁹

Foucault al remitirse tanto al pensamiento jurídico-filosófico como al pensamiento del prusiano Carl Von Clausewitz, intenta clarificar que en ambos enfoques políticos la guerra aparece como una situación especial, diríase mejor excepcional; en efecto, la alteración del devenir político y del orden jurídico acontece en el momento en el que la confrontación bélica significa un recurso a ultranza, en que la política avanza a otros medios y, por tanto, transforma y amenaza la estabilidad de la sociedad civil.

Ante esto, en la tradición filosófica-jurídica bien puede entenderse que es menester hacerse, en el terreno del derecho, ingentes esfuerzos para evitarla o al menos conjurarla en su calidad de amenaza interna de la soberanía; en este sentido, la operatividad del derecho expresada en la dinámica prudencial que desde el pacto conduce al poder de la soberanía aparece como una situación antagónica con el estado de guerra. Diríase que es una situación que recoge el sentido de la sentencia de Cicerón: las leyes callan cuando las armas hablan. Por tanto, la tradición filosófico-política aparece –se hace aparecer, para decirlo en la perspectiva foucaultiana- como discurso de la paz.

Se entendería, de ahí, por qué el enfoque histórico-político empuja sus esfuerzos teóricos en develar esta intencional conjura de la guerra hecha por la tradición filosófica-jurídica y, en cambio, determinar la permanencia del estado de guerra en todas las instancias y temporalidades de la sociedad civil, de tal forma que "La política es la guerra continuada por otros medios"⁷⁰ y "El derecho es una cierta manera de continuar la guerra"⁷¹.

⁶⁹FOUCAULT, M.; *Defender la sociedad*. FCE, México. 2000. Pág. 53.

⁷⁰FOUCAULT, M; *Genealogía del racismo*, Madrid, Ed. La Piqueta, 1992, pág. 29.

⁷¹*Ibid.* Pág. 29.

Es en este contexto que debe entenderse por qué Foucault habla de prescindir de Hobbes. Pero antes de ver qué es lo que específicamente analiza Foucault de este pensador contractualista, veamos algunos aspectos pertinentes de su análisis del enfoque histórico político, porque este es el discurso contra el cual según el autor francés Hobbes destinó todo un frente del Leviatán, dado el carácter de discurso formidable que se erigió amenazante contra el poder soberano.

6. El enfoque histórico político o la guerra en la filigrana de la paz

Pero, ¿cuáles son las concreciones que ha desarrollado Foucault en torno al esquema histórico-político de la guerra, para llegar a la conclusión de una existencia de guerra infinita en el fondo de la sociedad civil, a su vez, matizada ya no por la preponderancia del poder soberano sino por la emergencia del poder disciplinar? Veamos algunos aspectos fundamentales sobre este punto.

Empecemos por establecer que al pensar Foucault un procedimiento diferente al que ensayaron, tanto Hobbes como Clausewitz, es decir, al invertir el célebre aforismo de éste último, lo que efectivamente se da con mayor convicción en las sociedades es lo que se desprende de las siguientes implicaciones que el mismo Foucault deduce de ese ejercicio de inversión:

En primer lugar lo siguiente, que las relaciones de poder puestas en funcionamiento en una sociedad como la nuestra se entronizan, en esencia, basadas en una determinada relación de fuerza y esto se constata porque son establecidas en un momento determinado, históricamente localizable, que tiene como forma visible la guerra.

Aún siendo cierto que el poder político se cimenta con la finalidad de hacer cesar la guerra y, por consiguiente, se esfuerza en hacer reinar una paz en la sociedad civil, en realidad “no es para suspender los efectos de la guerra o para neutralizar el desequilibrio puesto de manifiesto en la batalla final; el poder político, según esta hipótesis, tendría el papel de reinscribir, perpetuamente, esta relación de fuerza mediante una especie de guerra silenciosa, de inscribirla en las instituciones, en las desigualdades económicas, en el lenguaje, en fin, en los cuerpos de unos y de otros.”⁷²

De ahí que las relaciones de poder no pueden ser vistas como situaciones meramente abstractas; por el contrario, Foucault sostiene que deben observarse como el resultado de relaciones de fuerza concretas surgidas en un momento histórico determinado; la guerra es una evidencia de ello. Así, el poder político, que surge de la conquista materializada a través de la guerra, operará funcionalmente para mantener la relación de

⁷² Ibíd. P. 135

fuerza subyacente aún después de la última batalla; es decir, que lo que se considera como el noble ejercicio de la política no es otra cosa que el mantenimiento de relaciones de poder y dominación alcanzadas en el fragor de la guerra y que determinan que el orden de la sociedad civil cimentado tras el contrato sea simplemente el terreno de una guerra infinita, aunque esta guerra no necesariamente sea ya la mortal confrontación en la batalla. La paz es, por tanto, una forma convencional de nombrar un estado de guerra y el contrato, entonces, al aparecer como un acto prudencial se asocia a un carácter de obligatoriedad que las armas le han impuesto a los vencidos.

Para Foucault, entonces, la perspectiva filosófico-jurídica da a la política un significado bastante abstracto, al considerarla algo así como arte del gobierno del Estado y, como tal, aparece en su carácter neutral para beneficio de todos los que integran la sociedad civil, el Estado.

Adicionalmente, el derecho no es más que el instrumento necesario de la política al operar como generador o restablecedor del orden, sancionando y castigando cualquier acción o conducta que amenace con alterar las relaciones establecidas; en la perspectiva jurídica del poder, a la luz del derecho, dichas acciones o conductas entran a ser normales y normalizadoras, como debe corresponder a un orden de estabilidad social y de deber ser surgidos en el momento del cese de hostilidades. En este ámbito es que el poder soberano, derivado de la iniciativa contractual de los individuos, surgiría como el garante de la preservación de los derechos y, por tanto, la guerra, el conflicto aparecen en su acción amenazante de esos derechos.

La sociedad civil, el poder soberano, el Estado, se erigen entonces en su obligatoriedad de conjurar constantemente esa amenaza. No obstante, en la perspectiva de Foucault, al sostenerse que la estabilidad social surge tras el cese de hostilidades y con ello la constitución de la soberanía y del derecho, se está olvidando que la guerra deja como consecuencia vencedores y vencidos y que los primeros hacen valer, de uno u otro modo, su calidad de vencedores. El poder soberano, en la perspectiva histórico-política de Foucault, es en realidad la parte visible de ese poder a la sombra que se erige sobre los avatares de la conquista.

Por eso Foucault entiende que lo que en realidad está velándose en aquel enfoque filosófico jurídico es un estado constante de dominación, de desigualdades y de sometimientos al interior de la sociedad, de ahí que en consonancia con la tradición histórico-política, asumirá que la política es un discurso utilizado en el seno de las relaciones de poder para mantener “las relaciones de dominación previamente establecidas en el campo de batalla o en ciertas condiciones y circunstancias que se pueden emparentar con la guerra.”⁷³

El segundo sentido que le da a la inversión de la frase de Clausewitz es el siguiente: “en el interior de esta “paz civil”, la lucha política, los enfrentamientos por el poder, con el poder, del poder, las modificaciones de las relaciones de fuerza, las acentuaciones en un sentido, los refuerzos, etc., todo esto en un sistema político no debe ser interpretado más que como la continuación de la guerra aun cuando se escribe la historia de la paz y de las instituciones.”⁷⁴

De esta forma, Foucault da a entender que “La inversión de la frase de Clausewitz quiere decir también que, dentro de la paz civil o sea, en un sistema político, las luchas políticas, los enfrentamientos relativos al poder, con el poder, para el poder, las modificaciones de las relaciones de fuerza (con las relativas consolidaciones y fortalecimientos de las partes) deberían ser interpretados sólo como la continuación de la guerra”.⁷⁵ Es claro que si bien la nueva política, la de los vencedores, es la de sostener las ventajas obtenidas, también es cierto que la guerra continúa. Continúa en las luchas políticas y en todos los ámbitos de la interacción social y, por consiguiente, en las nuevas batallas y nuevas posibilidades de modificar las relaciones de dominación, esta vez en el terreno de la política propiamente dicha.

En el fondo, las batallas son las formas de violencia más primarias que se han dado, por más que haya sido la tecnología la que en última instancia determine quién es el vencedor. Pero sostener un ejército en guerra permanente es demasiado costoso, salvo

⁷³ABELLO, Ignacio; El concepto de la guerra en Foucault. En: Revista de Estudios Sociales. Universidad de los Andes; No 14, Febrero de 2003. Págs. 71-75

⁷⁴ Ibíd. P. 135

⁷⁵FOUCAULT, M; Genealogía del racismo, Madrid, Ed. La Piqueta, 1992. Pág. 30.

que su único costo sea su mantenimiento y este se encuentre asegurado. En otras circunstancias, un Estado como cualquiera de los actuales, no puede sostener una economía dedicada a la guerra en su totalidad.

La política se ha tornado, entonces, en el instrumento natural con el cual se dan los enfrentamientos para cambiar las relaciones de poder, para modificar la relación de dominado a dominante y para sostener la de dominante a dominado, sin que lo anterior quiera decir que sin alterar la relación no se presenten cambios en su interior.

Es precisamente por eso que es mucho más compleja y mucho más sutil, porque inclusive las formas de violencia se modifican, en la medida en que, por ejemplo, tiende a desaparecer la dominación física o el temor de morir en combate y en su reemplazo aparece un discurso que legitima las relaciones existentes como relaciones de normalización y, que además exige, en nombre de un tipo de racionalidad que se pretende verdadera, la aceptación de unos valores, pero también de principios, conductas, actitudes, exclusiones, creencias, sin las cuales las personas o grupos que no las acepten quedan legítimamente marginados de los procesos sociales y, en consecuencia, de las luchas por el poder y de los cambios en las relaciones de dominación. De esta manera, aquellos que sean declarados por fuera de los procesos de normalización desaparecen del escenario de la lucha por el poder.

Y en tercer lugar, el siguiente sentido: “la decisión final no puede provenir más que de la guerra, de una prueba de fuerza en la que, por fin, las armas serán los jueces. La última batalla sería el fin de la política, sólo la última batalla suspendería, pues, indefinidamente el ejercicio del poder como guerra infinita, continua”.⁷⁶

En este punto, Foucault se atreve a establecer que la política es otra forma de hacer la guerra. Esto se explica porque aunque el camino bélico resulte ser una forma muy lucrativa y adecuada para obtener poder, honor, gloria, etc., en última instancia se convierte en carga tan pesada, en todo sentido, que es mejor optar por una forma más adecuada para ponerle fin, acelerando el triunfo y desplazando, de esta forma, el

⁷⁶ Ibíd. P. 135

fenómeno de la guerra al seno de la política, por otros medios que no son necesariamente los de las batallas sangrientas y a ultranza.

Al postular que la guerra es el principio y el fundamento a partir del cual se vuelve perfectamente inteligible el ejercicio del poder, Foucault argumenta que no es precisamente el discurso de la tradición filosófica jurídica el que le pueda dar claridad sobre esta relación entre poder y guerra porque para dicha tradición substancialmente la justificación de la legitimidad de la soberanía precisa haber partido del pacto que conjure toda amenaza bélica.

Foucault realiza un excursus elemental en esta materia en el que sostiene que desde la Edad Media, los problemas centrales a tratar, y al rededor de los cuales se organizó la teoría del derecho, son la potestad legítima del rey y la obligación legal de la obediencia. Por su parte, al distanciarse de esta tradición, el pensador francés se esfuerza en establecer la forma en que la teoría del derecho adquirirá connotaciones de discurso que pone también en marcha múltiples y complejas formas de dominación que se interrelacionan en la sociedad, no sólo de arriba abajo, es decir, desde el rey a los súbditos, sino, lo que es más preponderante, en la misma instancia capilar donde se verifica la relación que los súbditos establecen entre sí.

Así, las múltiples formas de sometimiento que funcionan al interior de la sociedad, es menester detectarlas, no específicamente desde el análisis de las formas regladas y legítimas del poder establecidas en su centro, sino en el terreno en el cual el poder deviene en microfísica. Porque, desde la perspectiva de Foucault, es en esa instancia, allende el derecho, que puede ponderarse y verificarse; en las instituciones, en las técnicas, en fin, en las diversas maneras de intervenir a los sujetos.

Concretamente, Foucault no se interesa por la forma en que aparece el soberano, o específicamente la soberanía como expresión cimera del poder del Estado. Le interesa sí indagar por la forma como el poder fabrica la subjetividad, es decir, la forma en que las relaciones de poder constituyen al sujeto, al súbdito.

Es, pues, absolutamente necesario para Foucault proceder en forma diferente al discurso de la soberanía y, específicamente, al seguido por el *Leviatán*, constituido en modelo ejemplar de este discurso: Sabemos que el propósito establecido por Hobbes en esta gran obra es el de indagar por el modo en que ha de formarse un cuerpo único, un hombre artificial, donde la cabeza es el soberano, como última expresión de individualidades separadas. De allí en adelante, se esforzará en precisar los elementos constitutivos del modelo antagónico, del enemigo formidable para el leviatán: el discurso histórico-político.

Con el término discurso histórico-político, Foucault se remite a un análisis en que las relaciones de dominación constituyen la nueva vía de acceso al análisis del poder. Pero al inclinarse por este tipo de enfoque Foucault problematiza su contenido con interrogantes del siguiente tipo: "¿puede la guerra valer efectivamente como análisis de las relaciones de poder y como matriz de las técnicas de dominación? (...) ¿la existencia de la guerra puede y debe considerarse efectivamente como primera con respecto a otras relaciones (las de desigualdad, las asimetrías, las divisiones del trabajo, las relaciones de explotación)? (...) ¿A quién se le ocurrió que el orden civil es un orden de batalla? ¿Quién percibió la guerra como filigrana de la paz? ¿Quién buscó en el ruido, la confusión de la guerra, el fango de las batallas, el principio de inteligibilidad del orden, del Estado, de sus instituciones y su historia?" ⁷⁷

El discurso histórico-político es entonces "un discurso sobre la guerra entendida como relación social permanente, como fondo imborrable de todas las relaciones de poder"

⁷⁸Aparece, según Foucault, tras el final de las guerras civiles y religiosas del siglo XVI; más concretamente, de manera claramente formulada, al comienzo de las grandes luchas políticas inglesas del siglo XVII y en Francia al término del reinado de Luis XIV.

"Como ven, discurso, por lo tanto, inmediatamente ambiguo, puesto que, por un lado, fue en Inglaterra uno de los instrumentos de lucha, polémica y organización política de los grupos políticos burgueses, pequeño burgueses,

⁷⁷FOUCAULT, M.; *Defender la sociedad*. FCE, México. 2000. Pág. 53

⁷⁸Ibíd. Pág. 54.

y eventualmente hasta populares, contra la monarquía absoluta. Y fue también un discurso aristocrático contra esa misma monarquía.”⁷⁹

Foucault agrega que no se trata de un discurso docto, que reposa exclusivamente en manos de aristócratas nostálgicos y estudiosos de biblioteca. Más ampliamente es un discurso que encuentra basamento y se expresa en relatos míticos tradicionales, en temáticas tradicionales como la esperanza de la nueva victoria, del nuevo guía o del retorno del líder. Discurso este con autores titulares que más bien permanecieron en la sombra, como Edward Coke o John Lilburne en Inglaterra o Boulainvilliers, Augustin Thierry y Courtet en Francia.

Es discurso político porque no se remite a la posición del jurista o filósofo; la posición del sujeto universal, neutral. Concretamente se sitúa en la batalla, al lado de un bando o del otro. De este modo cuando evoca el derecho, este no es más que un derecho singular, de victoria y de conquista. Por tanto, la ley no nace de la naturaleza, "... la ley nace de las ciudades incendiadas. Discurso político porque no existe el sujeto neutral, se es necesariamente el adversario de alguien. Una estructura binaria atraviesa la sociedad." El resultado de esta situación antagónica que de allí se desprende es que la guerra no ha concluido, todavía se está preparando la batalla decisiva que es menester ganar para alcanzar el término de la guerra, lo cual no implica la reconciliación, sino sólo la condición de resultar efectivamente victoriosos.

Es, de otra parte, un discurso histórico porque a diferencia de las tradicionales formas de inteligibilidad del poder, exige una explicación desde lo bajo; no por eso resulta ser más claro y simple. Al contrario, lo que debe valer como principio de desciframiento de la sociedad y de su orden visible es la confusión de la violencia (...) de las contingencias, de las circunstancias que generan las derrotas y aseguran las victorias. Lo que en el fondo este discurso pide al dios elíptico de las batallas es aclarar las largas jornadas del orden, del trabajo, de la paz, de la justicia. Es deber del furor dar cuenta de la calma y del orden.⁸⁰

⁷⁹Ibíd. Pág. 54.

⁸⁰Citar

Este discurso pone en el origen de la historia, en primer lugar una serie de hechos desnudados en su llana brutalidad; en la descripción de lo anterior una serie de casos, y en el rigor de los acontecimientos que conducen al orden social una serie de contingencias. Después hará valer un conjunto de elementos psicológicos y morales. Y sólo por encima de esta trama de cuerpos (...) se constituirá algo frágil y superficial, una racionalidad progresiva para mantener o derribar las relaciones de fuerza. Es un eje histórico en cuya base se encuentra la irracionalidad bruta y desnuda, pero en la cual se manifiesta la verdad. En la cima hay una racionalidad frágil transitoria, ligada con la ilusión y con la maldad, formulando de este modo, lo opuesto de lo que hasta ahora había formulado el discurso filosófico-jurídico.

No se trata de juzgar a los gobiernos injustos refiriéndolos a cierto esquema ideal, sino “reencontrar la sangre seca en los códigos, y no lo absoluto del derecho, detrás de la fugacidad de la historia. No es cuestión de referir la relatividad de la historia a lo absoluto de la ley o de la verdad, sino de encontrar lo infinito de la historia detrás de la estabilidad del derecho, los gritos de guerra detrás de las formulas de la ley y la asimetría de las fuerzas detrás del equilibrio de la justicia”.⁸¹

A la luz de este enfoque, constituido en análisis del poder político como guerra, Foucault se encamina a prescindir de la teoría contractual, concebida por él como esquema poder – contrato y, específicamente, va a prescindir de quien es considerado como teórico de la guerra en la sociedad civil: Hobbes. Veremos porqué a juicio de Foucault no es en absoluto el teórico de la guerra que la tradición ha consagrado.

⁸¹Ibíd. Pág. 54.

7. Foucault sobre Hobbes, a propósito de la guerra y el poder

Hemos mencionado que en el curso de 1976 dictado en el Collège de France, Foucault ofrece un análisis más directo y meticuloso acerca del poder en el sentido de vincular las relaciones de poder con la guerra o, más concretamente, con el estado de guerra infinita. El estudio del poder había sido abordado con anterioridad en otros textos pero ahora lo hace con tal especificidad que de allí brotarán nuevas aristas, nuevas pistas dispuestas para otras elaboraciones que el mismo Foucault abandona inmediatamente en el rigor de lo que podríamos llamar espíritu genealógico. En efecto, apegado a lo que él denomina como método genealógico, este análisis, por tanto, no se arroga pretensiones sistémicas ni acabadas. Las pistas abiertas, entonces, quedan a disposición de quien quiera hacer nuevas elaboraciones a partir de ellas.

Estamos pues en que, en esta etapa de mediados de los setenta, Foucault empezará un examen de la guerra conducente a indagar de qué forma se constituye en principio de análisis de las relaciones de poder entre fines del siglo XVI e inicios del XVII. Según Foucault hay un nombre que surge en seguida en dicho análisis: Hobbes. Veamos, entonces, qué lleva a Foucault a apartarse del modelo del autor del Leviatán, precisamente porque, según lo sabemos de antemano, no lo considera propiamente un teórico de la guerra. Sigamos el razonamiento de Foucault en este punto partiendo de infiere Foucault de lo que Hobbes entiende por guerra. Empecemos por citar lo siguiente:

“En el fondo del orden, detrás de la paz, por debajo de la ley, en el nacimiento del gran autómatas que constituye el Estado, el soberano, el Leviatán, para Hobbes no está únicamente la guerra, sino la guerra más general de todas, la que se despliega en todos los momentos y en todas las dimensiones: “la guerra de todos contra todos”.⁸²

Esta guerra no se sitúa solamente en el estado de naturaleza, se proyecta aún más allá llegando incluso a aparecer en los intersticios, en los límites y fronteras del mismo Estado constituido a partir del pacto originario. Foucault nos recuerda a continuación los tres ejemplos de guerra permanente que menciona Hobbes en el Leviatán; en primer lugar, el

⁸² FOUCAULT, M.; *Defender la sociedad*. FCE, México. 2000. Pág. 87

siguiente: “aún en un estado civilizado, cuando un viajero deja su domicilio, no olvida nunca cerrar cuidadosamente la puerta con llave, porque sabe bien que hay una guerra permanente que se libra entre los que roban y los robados.”⁸³

En segundo lugar el siguiente ejemplo: “en los bosques de América se encuentran todavía tribus cuyo régimen es el de la guerra de todos contra todos.”

Finalmente, Foucault dice que al remitirse a los estados de la Europa de su tiempo, Hobbes se plantea esta cuestión: ¿cuáles son las relaciones entre un Estado y otro, sino las de dos hombres que están de pie frente a frente, con la espada desenvainada y los ojos clavados en los del otro?”⁸⁴

De cualquier forma para Foucault queda claro que en Hobbes la guerra amenaza y está presente aún después de haber sido constituido el Estado y a partir de esta situación lanza su cuestión problemática con interrogantes de dos órdenes. En primer lugar plantea:

¿Qué será esa guerra, previa al Estado y a la que éste tiene la misión, en principio, de poner término; esa guerra que empuja al Estado a su prehistoria, al salvajismo, a sus fronteras misteriosas, y que pese a todo está ahí?

En segundo lugar establece los siguientes interrogantes:

¿Cómo engendra esta guerra el Estado? ¿Cuál es el efecto, sobre la constitución del Estado, del hecho de que la guerra lo haya engendrado?
¿Cuál es el estigma de la guerra sobre el cuerpo del Estado, una vez constituido éste?⁸⁵

⁸³Ibíd. Pág. 87

⁸⁴Ibíd. Pág. 87

⁸⁵Ibíd. Pág. 88

Ante el primer interrogante, ¿cuál es esa guerra situada por Hobbes antes y en el principio de la constitución del Estado?, Foucault advierte que en el pensador inglés esta no es una guerra de los fuertes contra los débiles, de los violentos contra los tímidos, de los valerosos contra los cobardes, en fin, no es una guerra que se expresa en las diferencias naturales inmediatas. La guerra primitiva, la guerra de todos contra todos, es una guerra de igualdad, nacida de la igualdad y que se desenvuelve en el elemento de ésta.⁸⁶

En realidad Hobbes argumenta en este sentido de la guerra primitiva, la guerra de todos contra todos, nacida de la igualdad de los seres humanos, que si de hecho hubiera habido diferencias naturales insalvables, la guerra quedaría bloqueada de inmediato, por una de dos situaciones: habría un enfrentamiento entre el fuerte y el débil pero el desenlace de la guerra se saldaría a favor del primero en cuyo caso la victoria sería definitiva merced a la supremacía absoluta del fuerte. O, por otra parte, no habría enfrentamiento real debido a que el débil advierte, comprueba y reconoce su propia debilidad renunciando de antemano a la confrontación.

Ocurriría en Hobbes una situación que puede denominarse la diferencia pacífica, puesto que la relación de fuerzas quedaría fijada por anticipado en virtud de la preeminencia del fuerte y la actitud prudencial del débil que a lo sumo mantendría la confrontación en una virtualidad debido a su timidez.

Ante esta situación señala Foucault que en Hobbes la diferencia pacífica no es dable porque lo que en realidad se tiene es una condición de no diferencia, es decir, de diferencia insuficiente, a partir de la cual aunque alguno fuese un poco más débil que el otro o los otros, se percibe con fuerza suficiente como para no ceder en su empeño de confrontación. En estas condiciones, el débil nunca renuncia. La indiferenciación natural crea, por tanto, incertidumbres, riesgos, albuces y, por consiguiente, la voluntad, de una y otra parte, de enfrentarse; el carácter aleatorio en la relación de fuerzas primitiva crea el estado de guerra.⁸⁷

⁸⁶Ibíd. Pág. 88

⁸⁷Ibíd. Pág. 89

Por este camino Foucault plantea en el rigor de esa guerra situada por Hobbes antes y en el principio de la constitución del Estado una inquietante cuestión, a saber, ¿qué es exactamente ese estado de guerra? Para ensayar una respuesta Foucault continúa en el rigor de la argumentación hobbesiana que establece que si bien el más débil no va a renunciar a la guerra, el más fuerte, es decir, el que es un poco más fuerte que los demás, procurará, a pesar de todo, evitarla. Aunque debe poner de manifiesto que no va tampoco a renunciar a ella. ¿Y cómo demostrar que no tiene la intención de renunciar a la guerra? Aquí Foucault advierte que en Hobbes esta situación entra en un estado en el cual hay un tipo de relaciones que se entabla a partir de esas diferencias solapadas y esos enfrentamientos aleatorios cuyo resultado no se conoce pero que, en principio, tienen la intención de hacerle saber al otro, al que está a punto de ponerse en pie de guerra, que en frente no hay disposición para descartarla. Estamos así, en una relación de fuerza que tiene tres elementos:

1. **Representaciones calculadas:** yo me imagino la fuerza del otro, me imagino que el otro imagina mi fuerza, etcétera.
2. **Manifestaciones enfáticas y notorias de voluntad:** uno pone de relieve que quiere la guerra y muestra que no renuncia a ella.
3. **Tácticas de intimidación entrecruzadas:** temo tanto hacer la guerra que sólo estaría tranquilo si tú la temieras al menos tanto como yo e, incluso, en la medida de lo posible, un poco más.⁸⁸

En todo caso, Foucault afirma que en Hobbes no habría efectivamente *guerra* en el punto de partida y con esto queda abierto el terreno para el segundo tipo de interrogantes de la cuestión problemática planteada por el pensador francés: ¿de qué manera a partir de ese estado, que no es la guerra sino los juegos de representaciones mediante los cuales, justamente, no se hace la guerra, va a engendrarse el Estado, el Leviatán, la soberanía? Foucault nos recuerda que Hobbes responde esta cuestión distinguiendo dos categorías de soberanía: la de institución y la de adquisición.

⁸⁸Ibíd. Pág. 89

El indagar Foucaultiano conduce a una sospecha: se trata de pensar si realmente Hobbes reduce su análisis sobre las categorías de soberanía al tipo de soberanía por institución, lo cual supone en el pensador inglés una finalidad de preservación del Estado sobre la base de una desestimación de la guerra y la conquista en la constitución de la soberanía.

Esto hace suponer a Foucault que las cosas son más complicadas, puesto que al hacer Hobbes énfasis en la soberanía por institución, en la cual converge cualquier otro tipo de soberanía a la larga, se convierte en insoslayable la exploración de lo que se debate en el fondo de la soberanía instaurada por adquisición, cuestión a la que, según lo afirma el pensador francés, Hobbes apenas sí hizo alusión.

Precisamente es esta vertiente de la soberanía instaurada por adquisición en la que Foucault hace énfasis para ver en el fondo de la guerra, de la conquista, un nuevo o remozado tipo de análisis del poder, es decir, apoyado en lo que da en llamar visión histórico política del poder asociado a la guerra.

Veamos entonces a dónde nos conduce este indagar foucaultiano sobre estas formas de soberanía. Foucault hace en primera instancia un breve recorrido por la descripción hobbesiana de la soberanía por institución. En el tipo de soberanía por institución los hombres deciden otorgar a alguien el derecho de representarlos, de forma tal que la soberanía constituida asume la personalidad de todos. “Es decir que el soberano así erigido equivaldrá íntegramente a los individuos”⁸⁹; resultará por tanto, que lo que haga el representante –es decir, el soberano- lo hará cada uno de aquellos hombres –súbditos- que han transferido parte de sus derechos o poderes. Foucault concluye en este aspecto que ese mecanismo que conduce a la soberanía por institución no es otra cosa en Hobbes que el juego de la voluntad, el pacto y la representación.

Por otra parte, Foucault dice que la Soberanía por adquisición en apariencia debería significar algo distinto porque al parecer estamos, ante un tipo de soberanía que es fundada en relaciones de fuerza, a la vez reales, históricas e inmediatas. Debido a que lo que funda la soberanía por adquisición es, no un estado primitivo de guerra, sino la

⁸⁹FOUCAULT, M.; *Defender la sociedad*. Pág. 91

batalla a partir de la cual un estado constituido ha sido destruido en su soberanía, llegamos por fin a una verdadera guerra, con una verdadera relación de fuerza en la que hay vencedores y vencidos. Los vencidos tienen entonces alguna de las siguientes opciones: pueden morir a manos de los vencedores con lo que la soberanía del estado desaparece y el problema queda así resuelto, al desaparecer los individuos que lo componían.

Puede suceder que los vencedores dejen con vida a los vencidos en cuyo caso puede pasar una de dos cosas: una potencial sublevación de los vencidos contra los vencedores, en cuyo caso puede existir otro camino que la reanudación de la guerra; o, bien los vencidos aceptan obedecer, trabajar, pagar impuestos a los vencedores y en tal situación estaríamos en una relación de dominación.

No obstante, Foucault nos recuerda que en Hobbes no existe tal dominación. Para el pensador inglés aun en esta situación de la adquisición violenta, seguimos estando en una relación de soberanía, puesto que los vencidos con el sólo hecho de preferir la vida y la obediencia, con eso mismo reconstituyen una soberanía, lo cual hace de sus vencedores sus representantes y del nuevo soberano, su soberano. Foucault expresa esta transfiguración o especie de simbiosis de dominación e institución que aparece en la instauración de la soberanía, según el pensamiento de Hobbes, en los siguientes términos:

De modo que la derrota no funda una sociedad de dominación, esclavitud, servidumbre, de una manera brutal y al margen del derecho, sino que lo ocurrido en esa derrota, tras la batalla misma, tras la derrota misma, y en cierta forma independientemente de ella, es el miedo, la renuncia al miedo, la renuncia a los riesgos de la vida. Esto es lo que abre las puertas del orden de la soberanía y un régimen jurídico que es el del poder absoluto. La voluntad de preferir la vida a la muerte: esto va a fundar la soberanía, una soberanía que es tan jurídica y legítima como la constituida según el modelo de la institución y el acuerdo mutuo.⁹⁰

⁹⁰Ibíd. Pág. 92

De acuerdo con Foucault lo decisivo aquí para Hobbes en la constitución de la soberanía no es la calidad de la voluntad y ni siquiera su forma de expresión o su nivel. En el fondo poco importa que el súbdito, así forzado a serlo por la inminencia de la muerte, tenga el filo del cuchillo a punto de desgarrarle la garganta; por tanto, tampoco importa mucho que pueda o no formular explícitamente su voluntad.

Foucault advierte que en Hobbes la soberanía, en consecuencia, se constituye a partir de una forma radical de voluntad y la forma en sí importa poco:

“Esta voluntad está ligada al miedo y la soberanía no se forma jamás desde arriba, es decir, por una decisión del más fuerte o el vencedor o los padres⁹¹. Se forma siempre por abajo, por la voluntad de quienes tienen miedo. De modo que, pese al corte que puede aparecer entre las dos grandes formas de república (la de institución nacida por relación mutua y la de adquisición nacida en la batalla), entre una y otra se manifiesta una identidad profunda de mecanismos.”⁹²

Ya se trate de un acuerdo o de una batalla, en todo caso encontramos la serie, voluntad, miedo y soberanía y en la instauración de ésta última poco importa la relación de violencia, el cuchillo en la garganta o el grito de un niño. Entonces, Foucault llega a una conjetura importante en el camino de su argumentación sobre la guerra y las relaciones

⁹¹La constante alusión al hijo que requiere de los cuidados de los padres, especialmente de la madre, nos remite a que Hobbes concibe una tercera forma de soberanía, ubicada muy próxima a la soberanía por institución. Para Foucault este agregado resulta muy extraño. La analogía la hace Hobbes tomando un niño que nace y a quien perfectamente sus padres pueden dejar morir. El niño en ningún caso puede vivir sin ellos. Así, durante años, el niño va a obedecer a sus padres, a su madre; hará lo que ésta le indique, porque de ella y sólo de ella depende su vida. En consecuencia, la madre va a ejercer su soberanía sobre él. “Entre ese consentimiento del niño (consentimiento que ni siquiera pasa por una voluntad expresa o un contrato) a la soberanía de la madre para conservar su propia vida y la aceptación de los vencidos, en el anochecer de la derrota, no hay diferencia de naturaleza.” (Op. Cit. Págs. 92 – 93)

⁹²Ibid. Pág. 92

de poder: “en el fondo, todo sucede como si Hobbes, lejos de ser el teórico de las relaciones entre guerra y el poder político, hubiera querido eliminar la guerra como realidad histórica, como si hubiera querido eliminarla de la génesis de la soberanía.”

“Hobbes hace que la guerra, su existencia, la relación de fuerza efectivamente manifiesta en ella sean indiferentes a la constitución de la soberanía. La constitución de la soberanía ignora la guerra. Y ya haya guerra o no, esa constitución se produce de la misma manera. En el fondo, el discurso de Hobbes implica cierto “no” a la guerra”⁹³.

Ante esta nueva situación en la que aparece para Foucault la intención de Hobbes de borrar la guerra como punto de partida de la gestación de los estados, aquel plantea el siguiente nudo de interrogantes que desde su aguda perspectiva:

¿A quién, a qué se dirige esta eliminación de la guerra, habida cuenta de que en las teorías jurídicas del poder anteriormente formuladas la guerra nunca había desempeñado el papel que Hobbes le niega con obstinación? ¿A qué adversario, en el fondo se dirige Hobbes cuando, en todo un estrato, una línea, un frente de su discurso, repite empecinadamente: pero de todas maneras, no tiene importancia que haya o no una guerra; en la constitución de las soberanías no se trata de guerras?⁹⁴

Foucault cree que el contrincante estratégico contra el que va dirigida esta cuestión, es decir, el contrincante estratégico del Leviatán es, “la utilización política, en las luchas contemporáneas, de cierto saber histórico concerniente a las guerras, las invasiones, los saqueos, los despojos, las confiscaciones, las rapiñas, las exacciones y los efectos de todo esto, los efectos de todas esas conductas de guerra, de todos los hechos de batalla y de las luchas reales en las leyes e instituciones que aparentemente regulan el poder.”

En otras palabras, el contrincante estratégico que quiere eliminarse en el Leviatán es la conquista pero también su utilización en el discurso histórico y en la práctica política

⁹³ Ibíd. Pág. 93

⁹⁴ Ibíd. Pág. 94

como evento que plantea toda una veta de análisis que pone en entredicho la constitución de la soberanía como resultado del consentimiento. En esto, Foucault se atreve a expresar que hay cinismo en Hobbes puesto que aparentaba proclamar la guerra por doquier, desde el punto de partida y aun en el final, y en realidad decía todo lo contrario.

“Decía que guerra o no guerra, derrota o no, conquista o acuerdo, son la misma cosa: ‘Ustedes lo quisieron y son ustedes, los súbditos, quienes constituyeron la soberanía que los representa. No nos aburran, entonces, con sus reiteraciones históricas: al final de la conquista (si realmente quieren que haya habido una conquista), pues bien, seguirán encontrando el contrato, la voluntad atemorizada de los súbditos’.”⁹⁵

Tras esto advertirá que en Hobbes “el problema de la conquista queda disuelto, a priori, por la noción de guerra de todos contra todos y, a posteriori, por la voluntad, incluso jurídicamente valedera, de esos vencidos atemorizados en la noche de la batalla. Pareciera o estaría dándose a entender que concepción de tal envergadura condujera al parecer de que Hobbes escandaliza y, en realidad Foucault advierte, lo que hace es que tranquiliza al emitir siempre el discurso del contrato y la soberanía, es decir, el discurso del Estado.

Se dirá a lo sumo partir de esto que Hobbes le concede demasiado al Estado; pero en realidad lo relevante es que parece haber una disposición en cada súbdito, diríamos hoy ciudadano, de sacrificar o ceder cierto tipo de derechos para que prime aquel que fundamentalmente le piden a ese estado, es decir, seguridad .

Así, para el derecho, para el discurso filosófico jurídico moderno, Hobbes es censurable por esta desmedida concesión al Estado, pero a la vez digno de agradecimiento por haber conjurado a ese enemigo insidioso y bárbaro que es la conquista, que en su carácter pragmático deviene en un tipo de discurso histórico político que amenaza la institución de la soberanía mediando el consentimiento.

⁹⁵Ibíd. Pág. 95

En este orden de ideas habría un cierto tipo de planteamiento en Foucault, o al menos planteado también que con esto se podría estar dando forma desde el amanecer Hobbesiano a un tipo de discurso que habiendo dado justificación en su raíz al derecho a la sublevación, a la rebelión, que conlleve en sí los gérmenes de la guerra, porque efectivamente se tuvo que acudir a ella habida cuenta de que está en la raíz de la instauración de los estados modernos, se esfuerce desde entonces en velarla, en condenarla, porque aquel es precisamente un discurso que procura preservar, que tiende a conservar lo establecido desde una doctrina de la seguridad.

Y es que, concretamente, el enemigo estratégico del Leviatán, de Hobbes, se materializa en su momento, en el momento histórico que le corresponde vivir a este pensador, en las luchas civiles que desgarran al estado inglés. *“Ése es el discurso de la lucha y la guerra civil permanente que Hobbes conjuró al reubicar el contrato por detrás de cualquier guerra y cualquier conquista y salvar así la teoría del Estado.”*

A partir de esta premisa Foucault encausará su argumentación hacia el lado que permite vislumbrar su enfoque de la guerra asociado a las relaciones de poder, es decir, la guerra entendida como evento signado por una lucha de razas. Sostendrá que ese es precisamente el discurso contra el que Hobbes levantó el muro del Leviatán, porque en el seno de la guerra civil inglesa, al lado de la lucha política de la burguesía, por una parte, y de la aristocracia, por otro, contra la monarquía absoluta, permanece la conciencia, muy arraigada incluso en las grandes capas populares, del hecho histórico de la conquista. Es decir, la permanencia en la conciencia inglesa de la conquista normanda de Guillermo, la de 1066 en la batalla de Hastings, a expensas de los sajones.

Así, Hobbes obtendrá el título de padre de la filosofía política, por haber defendido sistemáticamente la estructura jurídica, política y filosófica del Estado, en momentos en que es amenazado por un discurso histórico de la guerra y la conquista. Este discurso era utilizado, tanto por un ala de la burguesía (los niveladores), como por la aristocracia, contra la monarquía absoluta, es decir, contra la soberanía.

Como soporte Foucault describe acontecimientos que dan cierto rigor lógico a sus aseveraciones sobre Hobbes. Lo hará tanto para ubicar a Hobbes en el punto de partida

en este análisis de la guerra y el poder, como para apoyar lo que considera como insuficiencia en la teoría de la soberanía para explicar las relaciones de poder que en los últimos dos o tres siglos han emergido; así, Foucault acude a los hechos históricos para solidificar su propio punto de vista sobre el poder y la guerra que significará, como lo hemos venido diciendo, un camino diferente. Pero veamos cómo llega Foucault a una visión del poder que significa un apartarse de la teoría de la soberanía y, por consiguiente, a concebir la emergencia de un poder disciplinar que atraviesa todo el cuerpo social y que hace evidente en todos los resquicios de la sociedad una microfísica del poder que representa manifestaciones de guerra aún en el seno de lo que suele denominarse paz.

En todo caso la cuestión de la opresión, que aparece asociada a las consideraciones sobre el poder que emerge de la dinámica de la soberanía, no desaparece del todo en el esquema del micropoder. Esto lo afirma el propio autor al señalar que la dominación que aparece con sus características en tiempos de la monarquía queda inmersa en las nuevas formas de dominación que surgen en la sociedad contemporánea, fase que denomina sociedad disciplinaria.

8. Poder de soberanía y poder disciplinar

Foucault al retomar el esquema histórico – político, en materia de la guerra asociada a las relaciones de poder, tiene como propósito establecer que las relaciones de poder son, en todo sentido y en toda instancia, relaciones de guerra en diversas acepciones. En ese sentido, la teoría de la soberanía, como discurso de conjura de la guerra, operó como pretensión de englobar a los súbditos subordinados a un poder soberano, del Estado. En realidad, tal pretensión se ha revelado insuficiente. Así, en el presente que nos ha correspondido vivir, se constata emparejado con el devenir del poder soberano la emergencia del poder disciplinar y de regulación de la población. Esta última emergencia explica relaciones de poder que ya no pueden ser explicadas desde la teoría de la soberanía.

A manera de bosquejo inicial que supone una elaboración más profunda y exclusiva en otro trabajo, lo que a su vez está diciendo que no es la materia esencial de éste, vamos a dejar como inquietud sugerente que una de las principales diferenciaciones que va a realizar Foucault entre poder de soberanía y poder disciplinar se encuentra en el seno mismo de esa significación que se desprende de lo que este pensador ha dado en llamar poder sobre la vida y poder sobre la muerte. Para esto quisiera hacer un excursu elemental que nos conecte, necesariamente, con la concepción foucaultiana de las relaciones de poder asociadas a la guerra.

Podemos decir, en este sentido, que al deshacerse del análisis de la guerra que se realiza en el esquema filosófico-jurídico, concretamente, al desestimar a Hobbes como teórico de la guerra y aproximarse al esquema histórico-político, como explicación de unas relaciones de poder signadas por la guerra infinita en el fondo de la sociedad civil, Foucault establece un punto de partida que explicará la emergencia del poder disciplinar y de regulación de la población.

Para Foucault la teoría de la soberanía se ha contradicho punto por punto con esta nueva mecánica del poder, porque aquella teoría:

1. *"está ligada con una forma de poder que se ejerce sobre la tierra y sus productos, mucho más que sobre los cuerpos y lo que éstos hacen";*

2. *"Se refiere al desplazamiento y a la apropiación por parte del poder, no del tiempo y del trabajo, sino de los bienes y de la riqueza".*
3. *"Permite transcribir en términos jurídicos obligaciones discontinuas y distribuidas en el tiempo; no permite codificar una vigilancia continua".*
4. *"Permite fundar el poder en torno de la existencia física del soberano, no a partir de los sistemas continuos y permanentes de vigilancia;*
5. *"...permite fundar un poder absoluto en el dispendio absoluto del poder, no permite por el contrario calcular el poder con un mínimo de dispendio y un máximo de eficacia".⁹⁶*

Foucault sostiene que uno de los privilegios característicos del poder soberano fue, en gran medida, el derecho de vida y muerte. Este poder derivaba formalmente de la vieja *patria potestas*, situación que en el seno de la familia romana daba al padre el derecho de "disponer" de la vida de sus hijos así como de la de sus esclavos; de la misma manera como la había "dado", podía también quitarla."

La elaboración hecha posteriormente por los teóricos clásicos aparece mucho más atenuada, en el sentido en que puede disponer de la vida de sus súbditos en *"los únicos casos en que el soberano se encuentra expuesto en su existencia misma: una especie de derecho de réplica. ¿Está amenazado por sus enemigos exteriores, que quieren derribarlo o discutir sus derechos? Puede entonces hacer la guerra legítimamente y pedir a sus súbditos que tomen parte en la defensa del Estado; sin "proponerse directamente su muerte", es lícito para él "exponer sus vidas": en este sentido ejerce sobre ellos un derecho "indirecto" de vida y muerte".⁹⁷*

⁹⁶FOUCAULT, M. *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1992. Pág. 149.

⁹⁷FOUCAULT, Michel; *Historia de la sexualidad 1. La voluntad de saber*. Siglo XXI Editores, España, 1998. Pág. 91. En esta cita, las cursivas son del autor de este trabajo.

Por otra parte si uno de sus súbditos se rebela en su contra, podrá ejercer sobre su vida un poder directo: como castigo ejemplar, lo matará. Así, el derecho de vida y muerte está condicionado por la defensa del soberano y su propia supervivencia.

En este sentido, Foucault va a plantear la siguiente disyuntiva: ¿Hay que considerarlo, como Hobbes, una trasposición al príncipe del derecho de cada cual a defender su vida al precio de la muerte de otros? ¿O hay que ver ahí un derecho específico que aparece con la formación de ese nuevo ser jurídico: el soberano?⁹⁸

Sea como sea, para Foucault este que se formuló a partir del poder del soberano es en realidad el derecho de *hacer* morir o de *dejar* vivir.

“Y quizá haya que referir esa forma jurídica a un tipo histórico de sociedad en donde el poder se ejercía esencialmente como instancia de deducción, mecanismo de sustracción, derecho de apropiarse de una parte de las riquezas, extorsión de productos, de bienes, de servicios, de trabajo y de sangre, impuesto a los súbditos. El poder era ante todo derecho de captación: de las cosas, del tiempo, los cuerpos y finalmente la vida; culminaba en el privilegio de apoderarse de ésta para suprimirla.”⁹⁹

Por otra parte, Occidente verá una profunda transformación de esos mecanismos de poder a partir de la edad clásica, es decir, desde el siglo XVII en adelante. Se trata de un poder que se dirige a la producción de fuerzas, a su crecimiento y ordenamiento; no a obstaculizarlas, doblegarlas o destruirlas.

“A partir de entonces el derecho de muerte tendió a desplazarse o al menos a apoyarse en las exigencias de un poder que administra la vida, y a conformarse a lo que reclaman dichas exigencias. Esa muerte, que se fundaba en el derecho del soberano a defenderse o a exigir ser defendido,

⁹⁸ Ibid. Pág. 81

⁹⁹ Ibid. Pág. 81

apareció como el simple envés del derecho que posee el cuerpo social de asegurar su vida, mantenerla y desarrollarla.”¹⁰⁰

En esta instancia Foucault señala lo que resulta ser una paradoja: a pesar de hacerse cada vez más notoria un cierto poder de hacer *vivir* o de *rechazar* la muerte, las guerras jamás fueron tan sangrientas como se constata desde el siglo XIX y nunca, como se vio posteriormente, los regímenes habían desencadenado sobre sus propios pueblos holocaustos como los presenciados en la historia reciente de la humanidad.

“Pero ese formidable poder de muerte —y esto quizá sea lo que le da una parte de su fuerza y del cinismo con que ha llevado tan lejos sus propios límites— parece ahora como el complemento de un poder que se ejerce positivamente sobre la vida, que procura administrarla, aumentarla, multiplicarla, ejercer sobre ella controles precisos y regulaciones generales.”¹⁰¹

De esta forma Foucault argumenta que se ha llegado al punto de “educar a poblaciones enteras para que se maten mutuamente en nombre de la necesidad que tienen de vivir. Las matanzas han llegado a ser vitales.”¹⁰²

Así pues, Foucault establece que el viejo derecho de *hacer* morir o *dejar* vivir es remplazado por el poder de hacer *vivir* o de *rechazo* hacia la muerte.

Paradoja, pues, en el sentido de que esa obstinación en morir, inaugurada a partir de inmolarse en la guerra para preservar la vida, situación tan extraña y sin embargo tan regular; situación tan constante en sus manifestaciones, y a la vez tan poco explicable por particularidades o accidentes individuales, es una de las primeras perplejidades de una sociedad en la cual el poder político recién tiene como propósito la administración de la vida.

¹⁰⁰Ibíd. Pág. 82.

¹⁰¹Ibíd. Pág. 82.

¹⁰²Ibíd. Pág. 82.

Para Foucault el poder sobre la vida desde el siglo XVII se hace visible en dos formas principales, constituidos en dos polos de desarrollo enlazados por todo un haz intermedio de relaciones.

- Uno, según parece el primero en aparecer y centrado en la concepción del cuerpo como máquina. Se esmera, por tanto, en su educación, en sus aptitudes, en su utilidad y su docilidad; asimismo su integración en sistemas de control eficaces y económicos. Procedimientos de poder, todos ellos, característicos de las *disciplinas: anatomopolítica del cuerpo humano*.¹⁰³
- El segundo, constituido poco después, quizás promediando el siglo XVIII, centrado en el cuerpo-especie como depositario que es de los procesos biológicos: la proliferación, los nacimientos y la mortalidad, el nivel de salud, la duración de la vida y la longevidad. Todos esos problemas constituyen una *biopolítica de la población*.¹⁰⁴

‘Las disciplinas del cuerpo y las regulaciones de la población constituyen los dos polos alrededor de los cuales se desarrolló la organización del poder sobre la vida. El establecimiento, durante la edad clásica, de esa gran tecnología de doble faz —anatómica y biológica, individualizante y especificante, vuelta hacia las realizaciones del cuerpo y atenta a los procesos de la vida— caracteriza un poder cuya más alta función no es ya matar sino invadir la vida enteramente.’¹⁰⁵

Resumiendo, en Foucault la vieja potencia de la muerte que simbolizaba al poder soberano, se reviste ahora de una cuidadosa administración de los cuerpos y una gestión calculadora de la vida. “Se inicia así la era de un “bio-poder”.¹⁰⁶

¹⁰³Ibíd. Pág. 83.

¹⁰⁴Ibíd. Pág. 83.

¹⁰⁵ Ibíd. Pág. 83.

¹⁰⁶Ibíd. Pág. 84.

Pero entonces, si el poder de la soberanía es un poder que en la modernidad supone que ha devenido en la totalidad, en el sentido de que todo lo puede, todo lo concentra y de todo dispone; un poder por encima del cual, como dios mortal, no se coloca nada, ¿cómo puede pensarse en la liberación del sujeto -para utilizar una expresión de Foucault-, si no es minando ese poder soberano, dirigiéndose a su desmote como expresión de un poder que reprime?

Si Foucault habla de una especie de filtración del poder disciplinar en el seno de este otro poder soberano, entrelazamiento que a la larga los hace operar conjuntamente, dando como resultado la construcción de ese nuevo sujeto histórico que aparece en los últimos siglos, pero siempre con la preeminencia del poder disciplinar normalizando los cuerpos y regulando la vida, entonces ¿no pasa a ser ya este poder la máxima expresión del Estado y en ese sentido es un poder que deviene capilar, desde una determinada instancia soberana?; ¿no podríamos estar anunciando ya con Foucault en estos términos la crisis del Estado en esta actualidad que nos ha correspondido vivir?

Sea como sea, asistimos a una crisis caracterizada por un estado colonizado en su soberanía. Lo disciplinar, por tanto, estaría operando, desde esta perspectiva foucaultiana, como situación que hace tambalear dicha soberanía desde adentro.

Sin embargo, aunque el poder disciplinario habría debido normalmente conducir a la desaparición del gran edificio jurídico de la teoría de la soberanía, en realidad “ha continuado, no sólo existiendo como una ideología del derecho, sino organizando los códigos jurídicos que aparecen en la Europa del siglo XIX a partir de los códigos napoleónicos”.¹⁰⁷ Podemos entonces aseverar con Foucault que aunque se constata crisis del poder soberano, persiste una teoría de la soberanía que intenta preservarlo.

Foucault basa esta razón de existir de la teoría de la soberanía, que persistió como ideología y como principio de organización de los grandes códigos jurídicos, en dos puntos:

¹⁰⁷FOUCAULT, M. *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1992. Pág. 149.

- I. porque ha sido "...en el siglo XVIII y aún en el XIX, un instrumento crítico permanente contra la monarquía y contra los obstáculos que podían oponerse al desarrollo de la sociedad disciplinaria." ¹⁰⁸
- II. porque ha permitido "sobreponer a los mecanismos de la disciplina un sistema de derecho que ocultaba los procedimientos y lo que podía haber de técnica de dominación, y garantizaba a cada cual, a través de la soberanía del Estado, el ejercicio de sus propios derechos soberanos." ¹⁰⁹

En general, aunque no sea este un factor que al colonizar la soberanía tenga efectos devastadores, parece tener las relaciones de poder manifiestas en lo disciplinar desde el interior -sin desdeñar lo interestatal que lleva la guerra a los confines del Estado- los condimentos suficientes para ese estado de guerra infinita que se manifiesta en el fondo de la sociedad civil. Al colocarse como poder que mina la soberanía, de suyo significa crisis, mas no derrumbe de la misma.

Adicionalmente, Foucault cree que el proceso que ha hecho fundamentalmente posible el discurso de las ciencias humanas es el choque de dos situaciones absolutamente heterogéneas: "por un lado la organización del derecho en torno a la soberanía y por otro la mecánica de las sujeciones ejercidas por las disciplinas." ¹¹⁰

De acuerdo con Foucault, es en cada una de esas instancias donde se manifiesta el poder enmarcado en un estado de guerra, en las instituciones, en sus relaciones, a través del poder disciplinar, el biopoder y el mismo poder de la soberanía, en donde es menester analizarlo, atacarlo para liberar al sujeto. Si embargo, la cuestión crítica se ubica en concebirse el poder como algo terminal o como algo central; como posesión o como circulación.

En este último modo de ver las cosas, si el aspecto del poder ejercido en su forma central, que comporta formas regladas y legítimas – como el que emana del soberano, o

¹⁰⁸ Ibíd. Pág. 150.

¹⁰⁹ Ibíd. Pág. 150.

¹¹⁰ Ibíd. Pág. 151.

de la clase dominante, etc.- es derrotado en el conflicto, accedemos a unas nuevas relaciones de poder, caóticas desde la perspectiva hobbesiana, puesto que es el constante riesgo de ir al estado de naturaleza o estado de guerra; liberadoras desde la óptica del marxismo, puesto que es la posibilidad del ascenso al poder de las mayorías oprimidas.

El camino de Foucault es inverso, el poder debe ser analizado en sus extremos, en sus últimos lineamientos, es decir, “tomar el poder en sus formas y sus instituciones más regionales, más locales, sobre todo donde ese poder, al desbordar las reglas del derecho que lo organizan y lo delimitan, se prolonga, por consiguiente más allá de ellas, se inviste de unas instituciones, cobra cuerpo en unas técnicas y se da instrumentos materiales de intervención, eventualmente incluso violentos.

TERCERA PARTE

LAS INFERENCIAS

9. Lo que va de Hobbes a Foucault

Me refiero ahora, sin pretensiones sistémicas, casi que sin conectividad, simple y llanamente a algunos puntos problemáticos, en referencia a la secuencia de análisis que hemos tratado de seguir; es decir, en torno a lo que infiero del pensamiento de Foucault cuando de abordar a Hobbes se trata, no sin antes hacer una breve sinopsis de lo que hemos realizado hasta aquí.

Hemos hecho, en primer lugar, una exploración del pensamiento de Foucault en torno al poder hasta su anclaje en la guerra como principio y fundamento de las relaciones de poder. Seguidamente hemos visto la forma en que Foucault explora a Hobbes como figura relevante en el clásico entronque del poder en la teoría de la soberanía. En tercer lugar nos hemos concentrado en observar en el pensador francés lo que podríamos caracterizar como un distanciamiento del pensamiento de Hobbes en torno a la guerra y el poder y, en general, de la teoría de la soberanía, hasta llegar a una instancia en que ubica las relaciones de poder desplegadas como guerra infinita. A continuación, nos hemos remitido a un punto de exploración sobre algunos aspectos del pensamiento de Hobbes en torno a la guerra y el poder como nociones específicas que sólo pueden entenderse en el seno de un engranaje en el que entran en juego otras nociones como deseo de poder, contrato y soberanía.

Ahora, veamos qué se desprende –o qué podemos inferir- de esta secuencia de análisis considerando que Foucault hace una exploración del poder, pero ante todo lo mueve un indagar en terrenos de lo ontológico, lo que quiere decir que, incluso cuando habla del poder, perfila una ontología de nosotros mismos, y en este caso como sujetos que somos atravesados por relaciones de poder, como sujetos constituidos en relaciones de poder.

Como él mismo lo ha señalado, más que el poder el tema general de su estudio ha sido el sujeto.

“...mi objetivo ha sido elaborar una historia de los diferentes modos por los cuales los seres humanos son constituidos en sujetos. Mi trabajo ha lidiado con tres formas de objetivaciones, las cuales transforman a los seres humanos en sujetos. El primero, el modo de investigación que trata de darse a sí mismo el estatus de ciencia... (...) En la segunda parte de mi trabajo he estudiado los modos de objetivación a los que yo llamaría prácticas divisorias. El sujeto está dividido tanto en su interior como dividido de los otros. Este proceso lo objetiva. (...). Finalmente, (...) los modos en que los seres humanos se transforman a sí mismos en sujetos. (...). Por lo tanto, no es el poder sino el sujeto, el tema general de mi investigación.” ¹¹¹

Por tanto, como se ha señalado al principio, no pueden inscribirse en una sola línea de análisis a dos pensadores que observan el poder desde diferentes ópticas filosóficas; si bien, la vertiente de análisis del poder en Hobbes es de enormes repercusiones, en el sentido de que irradia amplios campos de acción (político, psicológico, filosófico, etc.) no es menos cierto que el tinte específico que se le puede dar a dicho análisis es político, más concretamente, de filosofía política. Foucault define su campo de acción en el terreno de la ontología, como proyecto genealógico. Una ontología de nosotros mismos que tiene tres aristas:

- En primer lugar, una ontología de nosotros mismos en relación a la verdad a través de la cual nos constituimos en sujetos de conocimiento.
- En segundo lugar, una ontología histórica de nosotros mismos en relación al campo de poder a través del cual nos constituimos en sujetos que actúan sobre los demás.

¹¹¹FOUCAULT, MICHEL *“El sujeto y el poder”*. En: Revista de Ciencias Sociales. Departamento de Sociología – Facultad de Ciencias Sociales. Fundación de Cultura Universitaria, Revista N° 12, Montevideo, 1996. Pp. 01.

- En tercer lugar, una ontología histórica de nosotros mismos en relación a la ética a través de la cual nos constituimos en agentes morales.¹¹²

Así que nos remitimos ahora a las implicaciones que resultan de la intersección del pensamiento de Foucault con el de Hobbes, lo cual nos lleva a retomar los puntos clave descritos en el planteamiento del problema y advirtiéndolo que es en esos términos que el pensador francés anuncia su intención con respecto al abordaje del pensador inglés:

1. Foucault argumenta que, tanto para la teoría clásica del siglo XVIII como para el marxismo, el poder político encontraría que en la economía está su razón política, su razón histórica de existencia. Particularmente, este economicismo en las relaciones de poder es, a la larga, el que aparece en la base del análisis del poder concebido como contrato-opresión, de tipo jurídico y, por tanto, desestimado por Foucault para el análisis de las relaciones de poder como guerra infinita.
2. De ahí que para Foucault haya insuficiencia en la teoría de la soberanía para explicar las relaciones de poder que se dan en las sociedades modernas, lo que no quiere decir que el poder de la soberanía haya dejado de existir para obrar con todo su rigor sobre los sujetos. En realidad, para Foucault la combinación de estos dos mecanismos y discursos absolutamente heterogéneos –por un lado la organización del derecho en torno a la soberanía y, por otro, la mecánica de las sujeciones ejercida por las disciplinas, en tanto poder disciplinar-, expresa la forma como se ejerce el poder en nuestros días.¹¹³
3. Foucault anuncia que su análisis de las relaciones de poder asociadas a la guerra, significa abandonar el terreno de la explicación de Hobbes en esta materia, porque éste no es precisamente para él un pensador de la guerra, es decir, el

¹¹²Al respecto, véase la entrevista realizada por H. Dreyfus y P. Rabinow, *le sexecomme moral*, Le NouvelObservateur, 1-7 /6 / 84, 90.

¹¹³En palabras de Foucault: "...que en nuestros días el poder se ejerza a través de este derecho y de estas técnicas, que estas técnicas y estos discursos invadan el derecho, que los procedimientos de normalización colonicen cada día más a los de la ley , todo esto, (...) puede explicar el funcionamiento global de lo que querría llamar *sociedad de normalización*."¹¹³ FOUCAULT, M. *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1992. Pág. 151.

análisis hobbesiano, en opinión de Foucault, tiende a desestimar la guerra como evento fundante y operador del poder soberano, del Estado soberano. En otras palabras, mientras Foucault habla de unas relaciones de poder en el seno de la sociedad civil, signadas en todo momento por el estado de guerra, en sus diversas manifestaciones, en Hobbes es necesario abandonar el estado de guerra (diríase mejor conjurar la guerra) al interior de la sociedad civil, lo cual significa refrenar el deseo de poder de cada cual mediante, la emergencia de un poder soberano que todos han consentido en fundar.

4. En materia, pues, de una ontología histórica de nosotros mismos en relación al campo de poder a través del cual nos constituimos en sujetos que actúan sobre los demás, Foucault habla de que su proyecto general consistía, en el fondo, en invertir esta dirección general del análisis que es la del discurso del derecho en su totalidad desde la Edad Media. En otras palabras, hacer lo inverso; hacer que la dominación, según él mismo lo expresa, al contrario tuviera el valor de un hecho, tanto en su secreto como en su brutalidad y mostrar, además, a partir de ahí, no solo cómo el derecho es, de una manera general, el instrumento de esa dominación sino también cómo, hasta dónde y en qué forma el derecho vehiculiza y pone en acción relaciones que no son de soberanía sino de dominación.¹¹⁴
5. Así, la cuestión para Foucault se convierte en eludir o evitar el problema central para el derecho que, según él, es la soberanía y la obediencia de los individuos sometidos a ella y poner, en cambio, en su lugar el problema de la dominación y el sometimiento.
6. La intención final de Foucault en este sentido es apuntalar hacia la concepción de un estado de guerra permanente al interior de la sociedad civil, debido a que el poder no puede localizarse en un lugar concreto y en un determinado sujeto, sector o clase. De ahí que las relaciones de poder, más allá de estar matizadas o reguladas por el poder soberano, supeditadas al poder soberano, se inscriben en el rigor de un estado de guerra permanente, lo cual supone la emergencia de otro

¹¹⁴FOUCAULT, M.; *Defender la sociedad*. Pág. 36.

tipo de poder que más que recaer sobre lo que los cuerpos hacen, recae sobre su disciplinamiento, sobre su normalización.

Quisiera, entonces, matizar un poco las implicaciones que creo se desprenden de estos puntos, los cuales significan un panorama general de lo que hasta ahora he desarrollado en esta tesis y que, concretamente, nos ha remitido a las nociones de poder y guerra, problematizadas por Foucault, en el marco de lo que es deseo de poder, contrato y soberanía para Hobbes.

Para intentar abordar esta pluralidad de puntos empecemos por decir que la analogía situada entre el poder y los bienes, el poder y la riqueza que para Foucault recorre toda esta teoría contractualista, puede adquirir ciertas circunstancias problemáticas si consideramos que, específicamente en Hobbes, el deseo de conseguir poder tras poder igualmente parece remitirnos a la riqueza y del pacto puede colegirse, en cierta forma, la conveniencia de ceder parte de la que se tiene o al menos cesar en el intento de conseguir más de la que se tiene o, en un grado mayor, refrenar el impulso de la opulencia y adquirir medida en la adquisición de riqueza en aras de alcanzar una convivencia mesuradamente consensuada.

Así, la lucha por el poder, por ser una cuestión atada en Hobbes a las pasiones humanas, parece ser más una determinación pasional que racional. La racionalidad política emerge entonces de ese hecho fundacional del Estado que comporta acción racional vinculante mediante el pacto y preeminencia de la soberanía garante de la seguridad de los sujetos pactantes. La lucha por el poder, como expresión de las pasiones humanas, queda entonces regulada y sofrenada por esta preeminencia de la soberanía del Estado.

Entendido en estos términos parece que es conveniente la supeditación del poder a la economía, aunque se comprende que si el pacto se realiza fundamentalmente para tener observancia y cumplimiento de la primera ley, que es la conservación de la vida, suponemos como situación fundante y fundamental la supeditación del poder a la política.

Así que, si bien el poder a menudo en Hobbes puede entenderse como algo relacionado con la riqueza y su circulación, en otras palabras, si la búsqueda del poder es el

procurase los medios para asegurar bienes futuros, no obstante, podríamos avizorar que en el autor del Leviatán resulta más fuerte una avenencia entre poder y política en tanto que poder supeditado a la política como relación garante de la preservación de la vida. De suyo esto conduciría a una objeción al argumento de Foucault sobre el economicismo de la teoría del poder en Hobbes; no obstante es factible para otros contractualistas como Locke, que tiene en alta estima la consecución de bienes como derecho natural. Aunque no podemos olvidar que en este sentido Foucault hace referencia predominantemente al economicismo en la teoría política del siglo XVIII que por excelencia es contractualista, y, por tanto, tampoco es posible eludir el hecho de que Hobbes es el fundador de la teoría contractual moderna.

Con todo, si puede colegirse, como lo mencionamos más arriba, que existe un temor más alarmante que el temor de perder la vida, podemos decir que dicho temor es el de perder en vida los bienes que aseguran una existencia más o menos holgada, diríase que entre más holgada mejor y que, por tanto, la perspectiva de una vida mísera, paupérrima, sin recursos, es más terrible que el mismo miedo a la muerte.

Los más célebres historiadores de la Edad Media, como Le Goff, se refieren a los miedos en el Medievo, entre los cuales, si se quiere, el miedo a la muerte era uno de los menores, menor, por ejemplo, que el miedo a la condena eterna, lejos del reino de los cielos; en el avance a la modernidad aún se dejan sentir, pero cada vez más acentuándose como temor de condena terrena. En este contexto nace el miedo político y de forma singular, el miedo a la guerra como forma aberrante que atenta contra el más fundamental de los derechos naturales. En este sentido, se descubre una inclinación a considerar la guerra, en su carácter de conquista, como determinación racional de procurarse los bienes necesarios para una vida a salvo de las precariedades materiales, como terror relevante de la vida moderna que por la época de Hobbes recién se despliega. El temor político sería una derivación de esta lucha signada por el poder económico.

El procurarse bienes, como soporte del deseo de poder y de gloria, ya sea por el camino expedito de la conquista, o bien en el seno de la sociedad civil mediante el estado de guerra que supone el competir por esos bienes, nos ubica, preponderantemente, en el

terreno de lo económico, lo que hace suponer que aún lo relevante es el miedo (totalmente racional) asociado con la situación de no poder asegurar en el presente los medios para el futuro alejado de precariedades; desde esta perspectiva habría entonces que asociar el poder a la economía, en cuyo caso hay justeza en las apreciaciones de Foucault en materia de ese economicismo en la teoría contractualista.

Por otra parte, no se puede negar que la argumentación de Foucault tiene cierta pertinencia cuando recae sobre el marxismo (o cierta corriente que se precia de ser marxista) que deriva el poder de circunstancias que se dan en torno a la lucha de los hombres por procurarse las condiciones materiales de la existencia. Así, la situación de esplendor económico deriva en poder político y entonces es aceptable, para este caso, pensar que el poder está en relación de dependencia con la economía.

En el terreno concreto de los seres humanos el debate sobre si el poder ha de derivarse de la economía o de la política, tiene otras connotaciones al considerar que en la antesala de todo poder efectivo, Hobbes habla de deseo de poder, como pasión por excelencia de los individuos, y que no es otra cosa para él que el deseo de obtener los medios presentes para garantizar lo que desde ahora aparece como un bien futuro. Esto nos ata indisolublemente al problema de la guerra, como situación que se desprende del deseo de poder.

10. Finitud de la guerra o guerra finita

Abordemos este tema de la guerra en términos de guerra como finitud, es decir, conjurada según parece desprenderse del análisis de Hobbes o si es guerra infinita, según se ha entendido con Foucault. Para Hobbes la capacidad del Estado, en tanto que poder para preservar la seguridad de los súbditos, no debe desestimar ni siquiera el uso de la fuerza para hacer prevalecer dicha seguridad. Esto sería ya suficiente para mantener a los súbditos a raya para refrenar su deseo de poder y con ello consagrar la finitud de la guerra.

Como quiera que el deseo de poder no cesa, el Estado se ve en la necesidad de aumentar su condición de garante de la paz que en últimas parece ser su condición represiva. Queda aún por entender entonces cómo el Estado en estas condiciones puede conciliar la preservación de la seguridad con la preservación de los derechos naturales en un clima de guerra conjurada o finitud de la guerra. A no ser que sea seguridad en el marco de la paz represiva. De ahí que la guerra en Hobbes, deba tener un carácter transformacional hacia ser considerada como eventohistórico, es decir como evento interestatal¹¹⁵ que sigue siendo evento finito -así haya guerra de los 100 años, de los 30 años o de los 7 años-, sólo si se logran periodos más o menos considerables de paz. Hobbes asevera que este otro estado de guerra (es decir, guerra históricamente considerada) lo representa o es prototípico de la sociedad interestatal.

En algunos párrafos de los capítulos 13, tanto del *Leviatán* como de *El ciudadano*, se retrata la atmósfera de desconfianza recíproca, espionaje e inseguridad que conduce a cada Estado a procurarse sus propios medios para preservarse de amenazas.

¹¹⁵Las consideraciones más específicas de la guerra como evento histórico hechas por Hobbes, aparecen en *Bethemonth*. Allí describe las características y los lugares comunes al concepto de guerra, es decir, bandos enfrentados; partidos políticos o sectores sociales y su función en el reclutamiento de soldados, adiestramiento de ejércitos, apropiación de recursos y ante el derramamiento de sangre. Véase *Bethemonth. El largo parlamento*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1992. Págs. 103-112.

Si en Hobbes el débil nunca renuncia puesto que: *La indiferenciación natural crea, por tanto, incertidumbres, riesgos, albuces y, por consiguiente, la voluntad, de una y otra parte, de enfrentarse; el carácter aleatorio en la relación de fuerzas primitiva crea el estado de guerra...*¹¹⁶, dicho estado de guerra en realidad debe ser remitido a otra instancia que anuncia una macrofísica del poder que, más allá de la emergencia de la soberanía del Estado, tendrá su mutación mediante el salto de un estado natural o estado de guerra a una guerra de estados; en otras palabras, la guerra que debe ser conjurada para que no tienda a ser evento infinito en el seno de la sociedad civil, trasladada a otros escenarios y con otras connotaciones.

Parece ser evidente que Hobbes al dar el acento hipotético al estado de naturaleza, en el cual ubica deseo de poder y estado de guerra, y luego avanzar hacia la configuración de la sociedad civil mediante el pacto y la instauración de la soberanía, no está asegurando que con este formidable salto de los seres humanos hacia la preservación de los derechos naturales, el deseo de poder esté conjurado.

Debe avanzarse hacia otra instancia que asegure una relativa tranquilidad civil en la que todo acto pasional expresado en deseo de poder –repitámoslo, que nunca cesa-, susceptible de degenerar en estado de guerra, sea canalizado por el Estado soberano hacia un objetivo que siempre debe estar en sus márgenes; así, el Estado se constituye en garante de seguridad a cualquier precio, incluso a costa de hacer morir y dejar vivir: hacer morir a quien es enrolado en la defensa de la patria y dejar vivir al ciudadano que ha sido salvado de la guerra de cada uno contra otro.

No resulta extraño entonces que, al fin de cuentas, esta idea de guerra conjurada al interior de la sociedad civil y llevada a las márgenes del Estado, es decir, de guerra disuasiva y distractora, haya encontrado su expresión en términos de las doctrinas más beligerantes del nacionalismo moderno, donde ha hecho carrera ya una frase del tipo “mi vecino es el enemigo y el vecino de mi vecino puede ser mi amigo”.

Para los marxistas ambos eventos –tanto el estado de guerra en el seno de la sociedad y la guerra efectiva entre estados- no son más que la expresión de la lucha de clases; pero

¹¹⁶Ibíd. Pág. 89

guardan la esperanza de que, una vez terminada esa lucha, con la victoria del socialismo, habrá supresión de clases y esta será la condición principal para que desaparezcan paulatinamente las diferencias nacionales y con ello la guerra como expresión de la nación y el orgullo nacionalista puestos por encima de los intereses de los pueblos. Foucault sólo ve en esto los peligros del totalitarismo, ante lo cual es menester tomar el camino inverso del discurso totalizante e ir a las formas terminales donde el poder se expresa, para enfrentar la dominación, la opresión de los sujetos, no como clase o grupo, sino como individuos que son atravesados por relaciones de poder.

Entonces, si Hobbes se plantea esta cuestión: *¿cuáles son las relaciones entre un Estado y otro, sino las de dos hombres que están de pie frente a frente, con la espada desenvainada y los ojos clavados en los del otro?*"¹¹⁷, ¿no estamos en realidad ante una situación de guerra infinita, una vez que la emergencia del Estado reemplaza una guerra de individuo contra individuo con una de Estado contra Estado? La guerra adquiere así un carácter devastador.

Guerra de devastación infinita o, mejor, guerra infinita de devastación, en la que una guerra sucede a otra y cada pueblo está en riesgo constante de ser sometido a este aciago evento. Asistiríamos así a la constatación de que en Hobbes, al igual que en Foucault, la guerra nunca cesa. La diferencia estribaría en que mientras Hobbes intenta desestimarla, Foucault la sostiene como principio de las relaciones de poder. La intención de Hobbes es, por tanto, la preservación de la soberanía; la de Foucault es la de desnudar lo que se esconde en el fondo de esas relaciones de poder como expresión de dominación.

Por tanto, lo que estaría haciendo Hobbes al desestimar la guerra como acto que fundase la soberanía, es simplemente no dar cuenta de ella, lo que a su vez indica que a pesar de que él se da cuenta de que continúa siendo una realidad, con otras connotaciones, la guerra en Hobbes nunca desaparece. Simplemente intenta conjurarla al interior de la sociedad civil y desplazarla a las márgenes del Estado.

¹¹⁷Ibíd. 87

Foucault nos remite a la historia para corroborar esta conjura y este desplazamiento: “Las guerras, las prácticas de guerra, las instituciones de guerra, tienden cada vez más, en cierto modo, a existir únicamente en las fronteras, en los límites exteriores de las grandes unidades estatales como una relación de violencia efectiva o amenazante entre Estados.”¹¹⁸ En tanto, “el cuerpo social se limpió en su totalidad de esas relaciones belicosas que lo atravesaban íntegramente durante el periodo medieval.”¹¹⁹

Pero, por otra parte, si en el estado de naturaleza hobbesiano, que supone la guerra primitiva, no hay batallas, no hay sangre, no hay cadáveres y solamente hay representaciones, manifestaciones, signos, expresiones enfáticas, astutas, mentirosas; si sólo hay señuelos, voluntades que se disfrazan de lo contrario, inquietudes que se camuflan de certidumbres, es decir, únicamente nos encontramos en el teatro de las representaciones intercambiadas, en una relación de temor que es una relación temporalmente indefinida; en fin, si en el estado de naturaleza hobbesiano no estamos realmente en la guerra, ¿a qué se refiere Hobbes cuando llama a este estado como el más desgraciado para los hombres?

Al conducir este orden de cosas por el argumento que sostiene que la guerra surge de la igualdad natural entre los seres humanos se entra irremediablemente a atar este fenómeno a las pasiones humanas; en realidad la disyuntiva aparece al pensar si la guerra surge de la pretendida igualdad natural planteada por Hobbes o es en cambio un producto de la desigualdad material creada.

En el concierto de la guerra, al parecer Hobbes no pretendería entrar en considerables honduras puesto que si se trata de un estado de guerra, los hombres temen llegar a situaciones a ultranza; con mayor razón en el posterior terreno de la guerra real, la guerra interestatal, el temor a perder la vida sigue siendo un factor que obliga al vencido a aceptar la soberanía, aún siendo ésta por imposición. Igualmente si se trata del vencedor, el cual manifiesta no querer seguirla por muchas razones, pero específicamente porque ha asegurado en el presente los medios para un futuro pleno.

¹¹⁸FOUCAULT, M.; *Defender la sociedad*. FCE, México. 2000. Pág. 53.

¹¹⁹Ibíd. Pág. 53.

De este modo, emparejado con el temor de perder la vida, la guerra comportaría, como se ha mencionado más arriba, un temor no menos alarmante, a saber, el de perder en vida los frutos de la conquista, no solo en el terreno político o económico sino en otros ámbitos de la existencia, que es un miedo asociado con la situación de no poder asegurar en el presente los medios para usufructuar bienes (o un bien) futuros. Precisamente el deseo de poder, como pasión por excelencia de los individuos, no es otra cosa que el deseo de obtener los medios presentes para garantizar lo que desde ahora aparece como un bien futuro.

Me parece que esta asociación del poder a las pasiones humanas el pensador inglés le da un determinado tinte de, por llamarlo así, innatismo del poder, que hace que el deseo de poder sea inherente a la condición humana y que, por lo tanto, deba ser, controlado, reprimido, en un intento por refrenar la misma condición de las pasiones humanas que estaría en la raíz, como detonante, de la intención de batallar, del estado de guerra y que la emergencia del Estado zanjaría como garante de la seguridad.

No es propósito de esta tesis, pero queda abierto como línea de investigación lo siguiente: al hablar de deseo de poder, como lo hace Hobbes, qué diferenciación habría que establecer con voluntad de poder como noción que encuentra su punto de aparición en el seno de la genealogía Nietzscheana, heredada por Foucault.

En todo caso, al parecer con lo que hemos visto en Hobbes, los individuos, los súbditos, parecen hacerse conscientes de lo nocivo de esta especie de innatismo del poder y ceden, a regañadientes o quizás hasta de buena gana, su capacidad de ejercer el derecho a la defensa, transfiriéndolo al Estado, quien de esta forma se arroga el monopolio del ejercicio de la fuerza, que como se señaló antes, comporta también el ejercicio del poder de gobernar.

Pero, por otra parte, si en el estado de naturaleza hobbesiano, que supone la guerra primitiva, no hay batallas, no hay sangre, no hay cadáveres y solamente hay representaciones, manifestaciones, signos, expresiones enfáticas, astutas, mentirosas; si sólo hay señuelos, voluntades que se disfrazan de lo contrario, inquietudes que se camuflan de certidumbres, es decir, únicamente nos encontramos en el teatro de las

representaciones intercambiadas, en una relación de temor que es una relación temporalmente indefinida; en fin, si en el estado de naturaleza hobbesiano no estamos realmente en la guerra, ¿a qué se refiere Hobbes cuando llama a este estado como el más desgraciado para los hombres?

Habría entonces otra implicación a partir de la argumentación Hobbesiana sobre el estado de guerra: Foucault mismo concuerda en pensar que en Hobbes dicho estado no es el estado natural y brutal de la guerra efectiva en el que las fuerzas se enfrentan directamente:

En la guerra primitiva de Hobbes no hay batallas, no hay sangre, no hay cadáveres. Hay representaciones, manifestaciones, signos, expresiones enfáticas, astutas, mentirosas; hay señuelos, voluntades que se disfrazan de lo contrario, inquietudes que se camuflan de certidumbres. Nos encontramos en el teatro de las representaciones intercambiadas, en una relación de temor que es una relación temporalmente indefinida; no estamos realmente en la guerra.¹²⁰

No obstante, no siendo el estado de guerra todavía la guerra efectiva, queda aún por dilucidar entonces a qué se refiere Hobbes cuando describe el estado de naturaleza, donde reina ese estado de guerra, como una instancia totalmente desgraciada para los seres humanos.

Porque lo que hemos visto más arriba en Hobbes es precisamente algo más inquietante al referirse a la condición natural de la humanidad; reforcemos este carácter descarnado de la guerra que habíamos señalado en dicho autor con algo que señala en sus propios términos:

“...queda manifiesto que, mientras los hombres vivan sin ser controlados por un poder común que los mantenga atemorizados a todos, están en esa condición llamada guerra, guerra de cada hombre contra cada hombre. Pues la GUERRA no consiste solamente en

¹²⁰Ibíd. Pág. 89

batallas o en el acto de luchar, sino en un periodo en el que la voluntad de confrontación violenta es suficientemente declarada.”

Y más adelante:

“Pues así como la naturaleza del mal tiempo atmosférico no está en uno o dos aguaceros, sino en la tendencia a que éstos continúen durante varios días, así también la naturaleza de la guerra no está en una batalla que de hecho tiene lugar, sino en una disposición a batallar durante todo el tiempo en que no haya garantías de que debe hacerse lo contrario. Todo otro tiempo es tiempo de PAZ”.¹²¹

Concluye en esta materia que en el estado de naturaleza o estado de guerra de uno contra otro “no hay sociedad. Y, lo peor de todo, hay un constante peligro de perecer con muerte violenta. Y la vida de los hombres es solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta.”¹²²

Michel Serres entra en este debate intentando aportar mayor claridad en esta disyuntiva introducida en la noción de estado de guerra propuesta por Hobbes. Dice lo siguiente:

El estado natural consiste, no en una guerra –Thomas Hobbes parece cometer un contrasentido cuando escribe *bellum omnium contra omnes*– sino en la violencia libre que, desatada, enfrenta a todos contra todos y a cada uno con cada uno, amenazando al grupo con la extinción total.¹²³

De hecho ya Rousseau advertía esto cuando clamara con vehemencia: “No hay guerra entre hombres: sólo hay guerra entre Estados”¹²⁴. Aquí podría deducirse que aunque no

¹²¹HOBBS, Thomas; LEVIATÁN, Alianza Editorial, Madrid; 1989. Pág. 107.

¹²²Ibíd. Pág. 108.

¹²³SERRES, Michel. *Atlas*, Cátedra, Barcelona, 1995, Pág. 218.

¹²⁴ROUSSEAU, J. J. *Que l'état guerrenait de l'état social, Oeuvres complètes*, Galimard, París, 1964, vol. III, p. 604.

haya guerra manifiesta si hay actos de violencia en sus diversas manifestaciones. De allí, por consiguiente, que Hobbes avance hacia la necesidad del pacto que, por una parte significa renuncia a toda iniciativa de guerra –o violencia si es el caso de un individuo contra otro- y, por otra, delegación o transferencia del acto de justicia individual a un ente supraindividual que es el Estado.

Pero esta renuncia a la violencia significa a su vez, en todo caso, acuerdo tácito de que la guerra debe ser conjurada, estigmatizada, confinada a las márgenes del estado, aún existiendo posibles razones para reiniciarla por parte de los vencidos, de los mancillados, como se advierte por ejemplo en la soberanía por adquisición que comporta en su raíz la conquista.

De otra parte, este silenciar la guerra en Hobbes, que habla de pacto en lugar de ella, pero que también habla de que el más fuerte, es decir, el que es un poco más fuerte que los demás, procura, a pesar de todo, evitar la guerra pero, a pesar de todo, también pone de manifiesto que no va tampoco a renunciar a ella, parece estar haciendo emerger y entronizar un tipo de discurso ante la guerra, desde el cual se dice rechazarla, anteponiendo la preeminencia de los derechos pero, en la subyacencia, acudiendo a ella porque es menester tenerla como recurso.

En realidad, al anteponerse en este orden de cosas la emergencia de ciertos derechos individuales que paradójicamente instauran la desigualdad (como el derecho a la propiedad y a la competencia, a la integridad, etc.), lo que a ciencia cierta se pone en marcha es la latencia del conflicto que dice querer evitarse. Así, no se trataría efectivamente de hablar de guerra que surge de la igualdad natural sino de guerra que surge de la desigualdad material creada.

Foucault al rastrear el acto de fuerza que supone la instauración de la soberanía basada en la conquista, quizás también lo está poniendo en evidencia; es, diríamos, un tipo de discurso de verdad contra la guerra, es decir, que desestima la guerra y en cambio hace relevancia de ciertos derechos individuales, estimados como lo valioso siempre después de la conquista. Tras la conquista, la guerra pasa a ser descrita entonces por los mismos conquistadores como lo desastroso, lo nefasto o lo maligno; apelaciones que no se

darían con tanta asiduidad cuando se recurrió a ella, porque de lo que se trata ahora es de la instauración de la soberanía impuesta por los vencedores, lo que supone de ahí en adelante que todo intento de guerra insurreccional debe ser conjurada, superponiéndose una cierta naturalidad del derecho.

Es dable pensar entonces, que los derechos, derechos de conquista, son los que piensan e instauran los vencedores –llámese raza o clase conquistadora-. Por tanto, derechos de sí mismo y para sí mismo como raza o clase vencedora, pero que es menester propagar, o al menos hacer creer que se propaga, para los vencidos. Al hablar de derechos, incluso para los vencidos, el discurso filosófico jurídico del poder parece imponer un acto de justicia tras las ruinas y el desastre de la guerra; en realidad opera un acto de imposición de derechos que en todo sentido y en todo rigor opera como designio de los vencedores al que deben plegarse los vencidos. La ley simplemente operará después para consagrar esta imposición.

El tipo de velación de la guerra, que pretende conjurar la guerra en defensa de la teoría de la soberanía, da a Foucault pretexto para desestimar el pensamiento de Hobbes, específicamente en el punto donde se hace omisión de un evento que en realidad nunca deja de existir. Adicionalmente, en la base de esta conjura se ha supuesto cesión del poder, que para el pensador inglés los súbditos hacen de una forma más o menos voluntaria y consensuada, a razón de una determinada seguridad que emana del soberano, del Estado.

La cesión del poder que finalmente reposa en un soberano, simplemente no es procedente para Foucault puesto que es incongruente con la concepción del poder dada como relaciones que circulan y en las cuales nadie en particular tiene posesión final sobre él y, por tanto, no tiene el carácter de propiedad que se ceda o se transfiera, situación caracterizada por el pensador francés como economicismo en la teoría del poder.

De cualquier modo, si algún mérito tiene Hobbes para Foucault, es el de haber enfrentado las concepciones -diríamos mejor los grupos o facciones- que utilizan el discurso histórico de la guerra para atacar la legitimidad del Estado que deviene tras la

soberanía, sea como sea instituida, pero que para dichas concepciones no es más que legitimidad impuesta tras la conquista.

Al justificar Hobbes la soberanía instaurada de uno u otro modo, ya sea por adquisición (conquista) o por institución, está aferrándose a la idea de que, no importando cómo, lo esencial es defender la soberanía como único recurso para enfrentar el estado de naturaleza, que necesariamente ocurriría sin la emergencia, totalmente voluntaria para Hobbes dada la obligatoriedad del contrato, del Estado. El acuerdo para Hobbes tiene el carácter de actuar como un conjurador de la guerra. Guerra que aparece en su pensamiento confinada a las márgenes del Estado, es decir, expulsada de la sociedad civil que ha decidido, de forma consensuada, superar el estado de naturaleza o estado de guerra.

Para Foucault, este acto conjurador que opera con el pacto, en realidad no es más que la velación o desestimación del carácter transformacional de la guerra, puesto que la emergencia de la soberanía del Estado llevará el estado de guerra a una instancia política en la cual (y a través de) las relaciones de poder no se verá otra cosa que la continuación de la guerra, por otros medios, en el seno de la sociedad civil. El estado se convierte así, en el regulador de las relaciones de poder, es decir, de las relaciones de guerra expresada en todas las formas y en todos los niveles.

La guerra que se ha llevado a las márgenes, la guerra interestatal, no es otra cosa que una manifestación, a gran escala, de la guerra infinita en que ha devenido la guerra de todos contra todos. La guerra infinita al interior de la sociedad civil, acentuada en el enfoque histórico – político en su carácter de guerra de razas deviene, según Foucault, hacia el siglo XIX en su carácter de lucha de clases y en ambos casos son discursos utilizados para atacar, desde diversas fuerzas –ya sea antimonárquicos, niveladores, socialistas, etc.- la soberanía del Estado, en todo caso, concebida como imposición que nace de la conquista.

Así es como Hobbes, a través de todo un frente del Leviatán, se empeña en atacar dicha concepción haciendo relevancia de una soberanía que nace del consenso, del pacto, es decir, del acuerdo voluntario y manifiesto que los hombres anteponen para preservar el

más fundamental de los derechos: el derecho a la vida. Pacto entonces como antinomia de la guerra.

Se infiere, pues, del razonamiento foucaultiano de la guerra perpetua, que hay ciertos derechos enunciados después de la conquista, que se consagran como lo valioso en oposición a la guerra, en un intento de borrar la conquista; no obstante, son derechos derivados de dicho evento, de la conquista que, paradójicamente, categorizan la existencia y visualizan la desigualdad y, por consiguiente, estaríamos ante un discurso del cínismo, al admitir que hay un conflicto que dice quererse evitar pero al cual se acudió en aras de esa determinación de conquistar. Según esto, ¿no es más consecuente admitir que el advenimiento del derecho nace de la conquista y, como tal, hay un discurso que se esfuerza por conjurarla, conjurar la guerra inmediatamente instaurando la soberanía?

Parece ser esto lo que precisamente atribuye Foucault a Hobbes, en el sentido de haber hecho aparecer la guerra como una especie de evento catastrófico que en todo debe parecer y ser opuesto al derecho; no como su antecedente necesario sino como su situación antinómica a partir de lo cual uno (el derecho) supone la ausencia de la otra (la guerra), de modo tal que cuando las armas hablen las leyes callen. De lo que se trata entonces es de la supremacía de la soberanía del Estado para garantizar la realidad imperante del derecho.

La objeción foucaultiana en este punto resalta dos situaciones que se desprenden del pensamiento hobbesiano sobre la guerra: la una en el sentido de que Hobbes desestima la guerra, la conquista en su rigor; intentando hacer desviar la atención de su capacidad sojuzgadora y, a la vez, fundadora del derecho del vencedor. La segunda situación, muy imbricada con lo anterior, es que Hobbes da a la irrupción del Estado soberano un papel muy determinante en la conjuración de la guerra, consagrandolo en su discurso que éste supone ya la superación del estado de guerra, cosustancial al estado de naturaleza. Esto hace pensar que un Estado garante del derecho es, de suyo, un estado garante de la paz y, en realidad, para Foucault no esto está lejos de suceder.

Para Foucault entonces, una finalidad clave del discurso filosófico jurídico - específicamente del pensamiento de Hobbes- consiste en borrar la idea de que el derecho nace de la conquista, como un derecho de los vencedores y, por consiguiente, conjurar la idea -que empieza a ser difuminada desde un primer frente del discurso histórico político-de que el vencido al hacerse sujeto de derecho se le hace, en realidad, sujeto de conquista, lo cual determinaría, de no ser conjurado, un recurso a la rebelión, es decir, recurso a la guerra como auténtica amenaza de la soberanía, lo cual significa a su vez el riesgo constante de guerra infinita.

En general, la teoría del derecho, desde el Medioevo en adelante, según Foucault, se organiza esencialmente en torno del problema de la soberanía y tiene la función de fijar la legitimidad del poder. Al disolver dentro del poder el hecho histórico de la dominación, hace aparecer en su lugar los derechos legítimos de la soberanía y la obligación legal de la obediencia.

Foucault entonces pretende develar el hecho histórico de la dominación y mostrar que no sólo el derecho es el instrumento de la dominación, sino que también transmite y hace funcionar relaciones que no son de soberanía sino de dominación. Por derecho también se entiende las instituciones, reglamentos y aparatos que lo aplican.

Desde aquel discurso filosófico jurídico la conjuración de la guerra tiene la finalidad, más que de condenarla por el simple hecho de ser un evento calamitoso, de proscribirla a las márgenes de la soberanía, en los límites de otra soberanía, la de otro Estado, donde la guerra adquiere otro cariz, porque en el fondo, de no ser así, ella puede ser el recurso al que acudirán los desposeídos, los conquistados, repitiendo así el ciclo que lleva de la conquista a la soberanía y de esta a una nueva conquista; el poder en estas condiciones no estaría de una vez y para siempre asegurado en un determinado conquistador y en su descendencia.

Aun así, la amenaza constante que significa el estado de guerra cuando el Estado es débil y no consolida definitivamente la seguridad, supone latencia de nueva guerra de conquista o también violencia interna, a través de lo cual se haría efectivo un nuevo ciclo de la rapiña, de la constitución de una determinada soberanía, en un momento dado, de

la emergencia de ciertos tipos de discursos detractores y condenatorios de otras posibles violencias contestatarias frente a un poder de estado así instaurado, etc.

Tras la conquista, los conquistadores entronizan un tipo de paz que en algunos casos, como el de soberanía por adquisición, para utilizar términos hobbesianos, se hace sobre los despojos, la ruina, la rapiña, la expropiación que infligen a los vencidos; seguidamente aparece el discurso del derecho, de la normatividad y de los valores dirigido contra el gran adversario ante el cual debe disponerse todo un frente de batalla, que habla de que la guerra continúa, por otros medios, más allá de aquella paz pregonada. El propio Hobbes dispuso todo un frente del Leviatán, contra un tipo de adversario de todo discurso filosófico jurídico que fundara la soberanía del Estado.

Soberanía del Estado que es ejercida desde un determinado tipo de poder y desde unos sujetos que ejercen el poder. Según Foucault, poder que no reposa permanentemente en alguien, sino que constantemente circula; no obstante, como en Hobbes los hombres presentan constante deseo de poder que sólo cesa con la muerte, parece vislumbrarse a raíz de la indagación hecha por Foucault que con aquel pensador inglés la técnica de poder basada en la soberanía del Estado no es sólo la capacidad de establecer la normatividad del derecho y su carácter de obligatoriedad a través del pacto, sino de sofrenar ese deseo instintivo de poder individual.

“Decir que la soberanía es el problema central del derecho en las sociedades occidentales, quiere decir, en el fondo, que el discurso y la técnica del derecho han tenido esencialmente la función de disolver en el interior del poder el hecho de la dominación para hacer aparecer en su lugar dos cosas: por una parte, los derechos legítimos de la soberanía y, por otra, la obligación legal de la obediencia.”¹²⁵

No obstante, Foucault cree que habrá que esperar un nuevo arte de gobernar, que comenzará a formularse en el siglo XVIII, el cual se caracterizará en esencia por la introducción de mecanismos a la vez internos, numerosos, complejos, pero cuya función no consistirá tanto en asegurar un aumento de la fuerza, la riqueza y el poder del Estado,

¹²⁵FOUCAULT, M. *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1992. Pág. 141.

el crecimiento indefinido del Estado, como en limitar desde adentro el ejercicio del poder de gobernar.¹²⁶

Para Foucault el estado de guerra infinita es el trasfondo de unas relaciones de poder enmarcadas, ya no solamente por el poder de la soberanía sino, además, por el poder disciplinar y de regulación de la población. ¿De qué se trata esto? Hagamos a continuación y a manera de conclusión, un excursu elemental.

¹²⁶FOUCAULT, M. *Nacimiento de la Biopolítica*. F.C.E. México, 2007. Pág. 43.

11. Palabras a manera de conclusión

Para Foucault, sea cual sea el desenlace, y ubicándose en el enfoque en que se ubique, el estado de guerra es permanente; a no ser que se ataque su forma terminal. ¿De qué forma enfrentar esta combinación que deriva en la represión de los sujetos? A decir verdad, según Foucault, “para luchar contra las disciplinas en busca de un poder no disciplinario, no se tendría que volver al viejo derecho de soberanía, sino ir hacia un nuevo derecho que sería antidisciplinario al mismo tiempo que liberado del principio de soberanía.”¹²⁷

Derrida aporta en este horizonte donde se vislumbra una nueva forma del derecho, que debe tenerse en cuenta una instancia ausente que paulatinamente va transformando la institución política, sin que por ello deba admitirse una determinada desorganización social efectiva, en virtud de que, mientras exista sociedad existe cierto tipo de organización.¹²⁸

La combinación ausencia - presencia, que pone en evidencia la noción de aporía como situación esencial del pensamiento del argelino, ante el pensamiento de Foucault, advierte que la condición de posibilidad de la organización presente es el antagonismo ausente que va deconstruyendo y reconstruyendo las formas de institución. De esta forma, Derrida, frente a las transformaciones jurídicas, frente a las relaciones de poder y los discursos de verdad que en Foucault determina el orden de la dominación, mantiene cierta actitud promisorio de la perfectibilidad de las leyes, de la realización de la justicia, aunque advierte aún su condición de irrealizable, pero perfectamente proclive a la desregulación de los códigos jurídicos en beneficio de los excluidos, los dominados, los conquistados, los confinados al encierro.

Foucault -también Derrida- conserva como heredad el fragmento 10 de Heráclito según el cual “la guerra es madre de todas las cosas”, no a la manera del marxismo clásico, que a

¹²⁷Ibíd. Pág. 152

¹²⁸Derrida, J., “*Notas sobre deconstrucción y pragmatismo*”, en Mouffe, Ch. (comp.), en *Deconstrucción y pragmatismo*, trad. M. Mayer, Lanús, Paidós 1998.

partir de este aforismo establece una dialéctica que pareciera someter la historia a una especie de movimiento escatológico que indefectiblemente lleva a la sociedad comunista.

Se dirá que Foucault al ignorar la centralidad del poder, a la larga, favorece los intereses de uno de los bandos que no sería precisamente el de los oprimidos; al cerrar la puerta a una concepción que, como la del marxismo, se arroga el derecho de ser doctrina de los mismos, estaría socavando la posibilidad de liberación del sujeto. No obstante, al propender porque en todo sentido se muestre que “la verdad” es siempre una interpretación entre otras coadyuva a ser continuamente revisada y puesta en cuestión.

Además, al admitirse la co-sustancialidad del conflicto al ámbito de la sociedad, que en todo sentido es manifestación de guerra y, por tanto, determinación por no vérselo en calidad de lo indeseable, de lo evitable, o como algo que debe conjurarse en la manera en que interpreta Foucault que ha hecho Hobbes, sino en su carácter de funcionalidad en el cuerpo social, estamos asistiendo a la posibilidad de potenciar mejores realidades para las sociedades, en medio de las cuales es menester reconocer las deudas sin saldar que vienen del pasado.

Así, las luchas deben continuar puesto que éstas se constituyen en elementos que cuestionan y socavan constantemente las relaciones de poder y, en general, el orden instituido, lo cual a la larga es condición indispensable para conjurar la amenaza del totalitarismo en todas sus expresiones.

Al atribuir Foucault a Hobbes una especie de desestimación del problema de la guerra, por el hecho de ser categoría histórica dolorosa y judicial difícil, aparece un aporte valioso en el análisis de la guerra, en el sentido de que lo que quiso evadirse desde el seno mismo del discurso filosófico-jurídico es el hecho de que no podría explicarse la guerra por otra situación distinta a la de evento de ejercicio del poder en tanto que poder de conquista por excelencia; porque aún admitiéndose estar en la situación de “legítima defensa”, puede ocurrir que la derrota dé paso a la victoria del conquistador; sin embargo, de otra parte, habiendo una efectiva defensa por parte del agredido y pasando en un momento dado a la ofensiva, en todo caso, siempre existirá la tentación de la conquista, del saqueo, de la imposición de la ley del vencedor; de la constitución del discurso

histórico y el discurso de legitimidad del vencedor, del usufructo de los bienes, de las mujeres, de los niños, del botín y los privilegios usurpados a los vencidos con base en la satisfacción revanchista.

La guerra entonces obedece a un ciclo que va del agresor al agredido, de éste, en una posible fase de revancha, hacia el agresor que en un momento dado es susceptible de perder el dominio para convertirse en nuevo vencido y así sucesivamente.

La historia de constitución del poder obedece a esta historia en la que nunca se olvidan las viejas cuentas por saldar, las afrentas recibidas, aunque en apariencia sólo parezcan hoy como parte de un pasado de barbarie; cada nación, cada región, si se quiere, tiene un motivo de orgullo en las glorias del pasado y esto siempre nos remite a la situación ventajosa que hayan sacado del vecino o incluso del que está un poco más allá, casi siempre en la forma agresiva que no excluye la actitud bélica y a ultranza.

Los odios por la afrenta a la patria aunque aparezcan hoy apaciguadas en su carácter de historia transformada por la civilidad de la convivencia y el ropaje de estados sociales de derecho no son deleznales y a ellas el poder –ese que alguien ejerce en un momento dado- siempre acude para extraer formidables dividendos.

Ahora bien, tan cierto es que el orgullo nacionalista o regionalista permanece latente en la actualidad como orgullo que remite a las glorias que se obtienen a costa de otro que ha sido derrotado o afrentado, que podemos constatar que las manifestaciones de guerra permanente, aunque no signifique las batallas reales en las que se vierte sangre y hay masacre efectiva, se han trasladado al campo de las batallas deportivas, diplomáticas, políticas, económicas, culturales, religiosas, etc.

En este ciclo siempre habrá forma de dirigir el embate, como excusa justificadora, contra el causante de la afrenta, contra el sujeto o contra el grupo de forajidos que encarnan todos los odios, contra el bandolero o el terrorista que se levantaron sobre el orden y el imperio de la ley. A su vez, éstos identifican claramente en el opositor la personificación del mal y, entonces, nos encontramos en una cadena sin fin, en la que se obnubilan las apreciaciones sobre los que identificaríamos como los que obran en aras del bien y aquellos que lo hacen perversamente; sobre el que obra con justa causa y sobre quien no le mueve ninguna justeza. En fin, el estado de

guerra infinito es ese que permite fácilmente llevarnos a tomar efectos por causas como operación que, a su vez, puede conducirnos a justificar desde las más sencillas arbitrariedades hasta las peores barbaries cometidas en el rigor de actitudes belicistas, entendida en un amplio sentido, y en los que necesariamente, muy factiblemente, seamos cómplices o co-autores.

El ejercicio del poder no ha dejado de justificar su accionar como el de la mayor bondad posible, precisamente porque el ejercicio del poder se arroja de legitimidad, cuestión que ha pasado a identificarse como el obrar en el rigor del bien. En tanto sea así el ejercicio del poder es asunto de seres en los dominios del bien, constantemente amenazados por unos pocos seres del mal. Así, los buenos pasamos a ser la inmensa mayoría, que ha legitimado ese poder, a quienes nos arroja ese poder y, en ese sentido, cualquier accionar –si se quiere aniquilador- contra esos pocos malvados es justificable.

Así las cosas, lo que quizás invita a realizar Foucault es un ejercicio de reconocimiento de la conquista, como categoría histórica dolorosa y judicial difícil que es, en su dimensión de componente de la historia para avanzar en la construcción de mejores realidades politicosociales.

En este sentido, aunándonos a las apreciaciones de Zarka acerca de las posiciones enfrentadas de Foucault a la Hobbes, dicho enfrentamiento resulta ser fundamental para nosotros hoy.

A partir de allí sería dable pensar por un momento que, por una parte, estado de guerra permanente no es otra cosa que la posibilidad de establecer un balance en el ejercicio del poder, de forma tal que se eviten los excesos del mismo y, de otra parte, que concepto jurídico del poder sea, bienintencionadamente, la opción de “permitirnos pensar y creer que la guerra puede detenerse, que la paz civil es algo distinto a una guerra silenciosa y continuada. Esto no quiere decir, por supuesto, que no hay conflictos, pero precisamente el orden jurídico es el que nos permite lograr una solución de los conflictos sin que haya un renacimiento de la guerra.”¹²⁹

¹²⁹ZARKA, Yves Charles: *Figuras del poder. Estudios de filosofía política de Maquiavelo a Foucault*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2004. Pág. 168.

En resumen, estas inquietudes originadas a partir del análisis que Foucault hace de Hobbes suponen otras tantas elaboraciones, por lo que es menester continuar el trabajo en torno a la guerra y su relación con el poder, particularmente en el punto en que chocan dos líneas, dos mecanismos, dos tipos de discurso absolutamente heterogéneos –según palabras de Foucault- como lo es el poder de soberanía y el poder disciplinar. No obstante, esto es materia de otros trabajos para los cuales esta tesis ha sido punto de partida de un derrotero trazado de aquí en adelante.

Bibliografía

- ✓ ABELLO, Ignacio; *El concepto de la guerra en Foucault*. En: Revista de Estudios Sociales. Universidad de los Andes; No 14, Febrero de 2003.
- ✓ ARON, Raymond: *"Macht, Power, Puissance"*, en: *Etudes Sociologiques*, Presses Universitaires de France, París, 1988.
- ✓ CASULLO, Nicolás y otros. (1999). *Itinerarios de la Modernidad*. Buenos Aires: Eudeba.
- ✓ CLAUSEWITZ, Carl Von. *De la guerra*, Versión íntegra, Traducción de Carlos Fortea, Estudio preliminar de Gabriel Cardona, La Esfera de los Libros, Madrid 2005.
- ✓ DERRIDA, J., *"Notas sobre deconstrucción y pragmatismo"*, en Mouffe, Ch. (comp.), en *Deconstrucción y pragmatismo*, trad. M. Mayer, Lanús, Paidós 1998.
- ✓ FOUCAULT, M.; *Defender la sociedad*. FCE, México. 2000.
- ✓ FOUCAULT, M. *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1992.
- ✓ FOUCAULT, M. *Vigilar y Castigar*, F. C. E. México, 2005.
- ✓ FOUCAULT, M.; *Nacimiento de la biopolítica*. F.C.E., Argentina, 2008.
- ✓ FOUCAULT, M. *Historia de la sexualidad. Tomo I: La voluntad de saber*. Siglo XXI editores, España, 1998.
- ✓ FOUCAULT, Michel. *El discurso del poder*. México. Folios. 1983
- ✓ FOUCAULT, Michel. *La vida de los hombres infames*. Madrid. La Piqueta. 1990
- ✓ FOUCAULT, M.; *La verdad y las formas jurídicas*. Gedisa, Barcelona, 1992.
- ✓ FOUCAULT, M.; *Seguridad, territorio y población*. F.C.E., México, 2006.
- ✓ FOUCAULT, MICHEL *"El sujeto y el poder"*. En: Revista de Ciencias Sociales. Departamento de Sociología – Facultad de Ciencias Sociales. Fundación de Cultura Universitaria, Revista N° 12, Montevideo, 1996.
- ✓ GODOY ARCAÑA, Óscar. *Análítica del poder: en torno a Michel Foucault*. www.infoamerica.org/documentos_pdf/foucault01.pdf
- ✓ HINDESS, Barry. (1996). *Discourses of Power: from Hobbes to Foucault*. Oxford: Blackwell
- ✓ HOBBS, Thomas; LEVIATÁN, Alianza Editorial, Madrid; 1989.
- ✓ HOBBS, t. *Bethemonth. El largo parlamento*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1992.
- ✓ HOFFMAN, Marcelo. *Foucault's politics and bellicosity as a matrix for power relations*; en *Philosophy & Social Criticism*. SagePublications. Los Ángeles, U.S.A. Vol. 33, No 6, pp. 756 – 778. www.sagepublications.com
- ✓ ROUSSEAU, J. J. *Que l'état guerrenait de l'état social, Oeuvres complètes*, Galimard, París, 1964, vol. III, p. 604.
- ✓ SERRES, Michel. *Atlas*, Cátedra, Barcelona, 1995
- ✓ TAZO Fernán. *Michel Foucault: Sobre El Intelectual*. En: www.monografias.com.
- ✓ ZARKA, Yves Charles: *Figuras del poder. Estudios de filosofía política de Maquiavelo a Foucault*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2004.